

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESEÑAS

BRAVO QUEZADA, CARMEN GLORIA. *La Flor del Desierto. El Mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena*. Ediciones Dibam-Lom, Santiago, 2000. 150 págs. Colección Sociedad y Cultura.

Este es un interesantísimo estudio de conjunto sobre una faena minera argentífera de mediados del siglo XIX. La autora circunscribe su labor dentro de la historia económica, destacando la omisión de los estudios económicos de los centros productivos importantes en la historiografía chilena. Sus hipótesis de trabajo buscan establecer las causas del ascenso, desarrollo y declive de la explotación minera del asiento de Caracoles, destacándose las interrogantes relativas: (i) al alto número de pertenencias mineras constituidas (10.000 aproximadamente) y (ii) las relativas al agotamiento mineralógico, como consecuencia de la explotación intensiva en pequeña escala, o bien, de una inversión productiva descuidada.

Sin embargo, el objeto de su investigación es precisar el origen de la “*manifiesta especulación bursátil*” (p. 15) nacida alrededor del yacimiento y el origen de 50 sociedades constituidas en Valparaíso y Santiago, especialmente si se considera que el yacimiento estaba en territorio boliviano a la fecha de su descubrimiento y desarrollo (1871-1878). Por lo mismo, los enfoques que dará al trabajo son el geográfico-geológico; el descubrimiento y desarrollo del asiento minero; un examen de la legislación minero boliviana vigente en esa época, con énfasis en tópicos de política minera; el estudio de las sociedades anónimas inversoras y los aspectos de gestión, producción y comercialización de dichas empresas.

Sus fuentes son básicamente primarias, dándole mucho valor a las informaciones de prensa (fuentes periodísticas). Al analizar fuentes jurídicas, la investigadora asume los riesgos inherentes a estas: (i) dar por establecido la veracidad de las informaciones que en ellas se consignan, así como también (ii) subentender la plena vigencia, en dicho tiempo, de sus disposiciones. Por lo tanto, a menos que pudiéramos confrontar dichos datos con otras fuentes, la explicación histórica es fluida y correcta, puesto que las premisas sobre las que se fundamenta necesariamente conducen a las respuestas alcanzadas.

Un mérito sobresaliente de esta obra es el uso intensivo de la estadística como método de acopio de los datos que emanan de dichas fuentes y su exposición. Todas las afirmaciones y explicaciones históricas están fundamentadas en esa impecable estadística. La lectura de los gráficos y cuadros comparativos ya nos demuestra un paciente trabajo de investigación en las fuentes y un logrado manejo del objetivo de la investigación. Asimismo, otro mérito no menor, es el hecho de que esa misma estadística es precisa, algo tan difícil de entender al público general que solo desea “informarse” y no “agobiarse” con un libro de historia económica. Los rasgos propios del trabajo científico no por eso deben perder de vista el arte que toda obra humana envuelve.

En cuanto a la bibliografía, se han utilizado los textos doctrinales bolivianos que se encuentra a nuestro alcance, y aun muchas obras desconocidas. La autora especialmente ha seguido un texto del viajero francés Brésson y un relato vivencial del minero Felipe Labastie.

a. *Política y legislación minera*

Sin perjuicio de los temas generales que se tratan en esta obra, solo quisiera referirme particularmente a los temas jurídicos analizados, puesto que tocan un viejo planteamiento teórico de la historiografía chilena minera. Una parte de esta ha asignado un rol relevante a la institucionalidad jurídica como factor decisivo en el desarrollo de muchos centros productores mineros chilenos¹. Este trabajo fundamenta una de sus interrogantes iniciales en ese mismo sentido.

En este capítulo (pp. 59-68) la investigadora analiza la política minera boliviana de principios del siglo XIX, poniendo énfasis en el esquema tributario que afectaba a los mineros de la plata, obligados a la venta de sus productos al Estado y pagados con monedas de baja graduación a la oficial (“*corbatones*”), obligaciones que cesaron en 1872 al eliminarse ambas cargas (p. 61). El acento en esta parte de la política minera, se expone indagando el fenómeno de la inversión extranjera, que en este caso está asociada a la presencia de capitales chilenos en Caracoles. Aun cuando se logró la libre exportación de la plata, la inestabilidad política del período actuó en contra de dicha inversión por la feble seguridad en los derechos, concesiones y privilegios otorgados a extranjeros (chilenos). Especial-

¹ Julio Pinto Vallejos. “*Chile minero: una historia de esperanza y decepción*”, en: Pinto et al. Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta y Juan Brügggen, tres forjadores de la minería nacional. Santiago, Instituto de Ingenieros de Minas, 1993, 23.

mente grave fue la revisión de dichos actos por los sucesivos gobiernos bolivianos, particularmente los derechos mineros en Caracoles. Finalmente, la clase gobernante adoptó ideas “liberales”, a juicio de la autora, en este tema (p. 63).

Luego se estudia someramente la legislación minera boliviana. Se destaca la continuidad y vigencia de las Ordenanzas de Nueva España. Al dictarse el Código de Minas, de 1852, se mantuvieron los principios regalistas en la legislación, como acertadamente lo entiende la autora.

El Código de Minas de 1852 es objeto de un análisis económico, examinándose las normas sobre libre denunciabilidad, libertad para constituir derechos mineros (“*catear, descubrir y registrar minerales*” (p. 64), bajo la figura de la concesión y su triple significado: título, derecho real y terreno mismo (denominado “estaca”) y obligación de amparo o trabajo efectivo de las minas (también conocido como “pueblo”). El incumplimiento del trabajo efectivo originaba el instituto del “denuncio” o “despueblo”, por el cual se podía perder la concesión. Resumidas las características del núcleo dogmático del Código de Minas de 1852, la autora efectúa un análisis de sus defectos (pp. 65-68). Al citado Código atribuye “*la razón y el origen de la inestabilidad en la posesión minera en Caracoles*” (p. 65) por la conflictividad judicial a que dio lugar. Las críticas a dicha ley se resumen en: (1) la insuficiencia del terreno concedido, (2) el derecho de internación en labores ajenas siguiendo la veta, (3) la obligación de señalar el rumbo de la veta para determinar la orientación de la concesión, y (4) el denuncio por desamparo que obligó a prórrogas para su plena vigencia jurídica. Esto conlleva al concurso de habilitadores y la constitución de sociedades de habilitación y a la concentración de concesiones “*a manos de empresas con mayor poder de gestión*” (p. 68).

En este sentido, la lectura primaria de un código minero, sin conocer la dinámica jurídica que lo envuelve, puede conducir a respuestas aparentes.

En general, ninguna legislación minera del siglo XIX, a lo menos en Hispanoamérica, ha dejado atrás a su predecesora, la legislación española. Por ello, no debe extrañar a los historiadores la pervivencia de los principios e instituciones jurídicas mineras en los primeros códigos mineros hispanoamericanos. Aunque la autora acertadamente reconoce esta característica, parece creer que es indeseable (p. 64). Y esto, quizá, es perder un poco la óptica –y esta es una opinión muy personal–, pues el análisis de un pasado, aun el próximo, está muy contaminado por aquello que queremos ver y no por aquello que es. En ese sentido, así como las faenas mineras del siglo XIX respondían en sus formas de trabajo, precisamente, a una tradición (un trabajo manual, individual y donde la mentalidad empresarial estaba lejos de ser un objetivo), en el ámbito jurídico sucedía igual cosa.

Por la misma razón, también ha existido siempre un permanente interés fiscal de que los yacimientos mineros se exploten. La misma autora ha comprobado este interés cuando describe el fenómeno de los *corbatones*. Por lo tanto, en general, debo acotar que la mirada económica que Carmen Gloria Bravo hace de las disposiciones del Código de Minas de 1852 es adecuada y tiene razón en mucha de sus conclusiones, pero no puede atribuirle un carácter tan decisivo a la legislación al estudiar el desarrollo de Caracoles, porque en eso hay un sesgo del presente: una creencia muy arraigada, especialmente en el mundo minero de que la legislación es omnicomprendensiva. Se ha constatado que el desarrollo del mineral de Caracoles implicó permanentes conflictos con las disposiciones del Código citado (amparo, extensión territorial, etc.), pero las causas de un mayor desarrollo productivo de las pertenencias se cruzan con las tecnológicas y las financieras, y aun las estructurales (por ejemplo, la falta de un ferrocarril desde Antofagasta a Caracoles para asegurar el embarque de la producción, como lo deja establecido la investigación).

La legislación puede contribuir a generar un mejor escenario para el desarrollo de proyectos mineros, pero estos últimos y su concreción están más ligados a factores extrajurídicos. Y esta breve prevención debo hacerla porque el criticado código minero de 1852 es la fuente más próxima de nuestro primer Código de Minas (1874) y porque, conforme a mis investigaciones, también fue un factor importante en la eliminación del amparo por el trabajo a partir del Código de 1888, en Chile, ya que su “aplicación” (conflictos) habría demostrado la inviabilidad del sistema. ¿Qué aporta este trabajo a la historiografía minera jurídica?: un cúmulo de antecedentes concretos de conflictividad en la aplicación del Código de Minas de 1852 y una respuesta histórica: “*El espíritu financiero primó sobre el cálculo empresarial*” (p. 124), por lo que parte de la política minera actual debería incorporar esta premisa: para quienes invierten en minería, especialmente los chilenos, históricamente han importado más las ganancias rápidas que un esfuerzo emprendedor persistente.

b. *Caracoles, una muestra de nuestra mentalidad económica*

El descubrimiento del mineral encontró a Chile en una época de bonanza, en que se acentuó la tendencia al desarrollo de la esfera mercantil y financiera, por sobre la producción, la que se orientó a la exportación (p. 69). Los recursos provenientes de dichas exportaciones habrían servido de base al fenómeno de la “*especulación bursátil incontrolada*” (p. 68). Primero, la autora identifica tres factores que favorecieron esta última actividad: (a) el fuerte crecimiento del sector financiero (nuevos bancos y con ello la expan-

sión del crédito), (b) la falta de información “real” sobre la actividad minera que daba lugar a “*rumores fantasiosos*”, recogidos por la prensa de la época, y (c) la proliferación de vetas que abrió el campo para la constitución de miles de pertenencias, cuyas posibilidades reales de explotación y beneficio eran ignoradas. Esto habría generado un enorme interés por ser partícipe de la nueva riqueza a todo nivel, creándose numerosas sociedades, especialmente sociedades colectivas y en comandita y, más tarde, sociedades anónimas. Estas últimas predominan en Valparaíso y Santiago. El modelo comanditario fue el preferido, pues admitía la existencia de socios capitalistas sin injerencia en la administración ni en el giro de la sociedad, cuya participación se expresaba en “acciones” y que limitaban su responsabilidad al capital invertido.

Este modelo permitía la transferencia de dichas acciones por valores desmesurados, que actuaba en forma paralela a la transferencia de “barras” sobre las minas, generando altas expectativas sobre el valor final, cuando se produjeran los resultados. Especialmente esto se hizo patente en la venta de barras a las sociedades anónimas, pues estas últimas se crearon sin aportes de derechos mineros en su constitución. La especulación en el futuro valor de las acciones hacía que el espiral creciera, pues las compras no siempre fueron pagadas en efectivo sino en participaciones sociales. La autora se detiene en el análisis de los objetos sociales: denunciar, comprar y explotar minas; la formación del capital: la mayoría con “barras” y no en efectivo (ejemplo: 60,85% contra 39,15%, respectivamente (p. 83); la rápida suscripción de acciones y quiénes eran los accionistas.

Enseguida se analizan el tema de las rentabilidades y el proceso de vida societaria, con el análisis de cuatro sociedades, donde destaca la petición de créditos bancarios, a cuenta futura, y la estipulación de venta obligatoria a ciertas casas comerciales, lo que generaba una concentración de recursos. En todas las sociedades, el circulante no fue invertido en la explotación minera. Aun así, hasta 1875 hubo buenas utilidades (p. 89). A partir de entonces, los precios de las acciones cayeron dramáticamente y, por ende, hubo grandes pérdidas y disminución del capital propio.

Es en este momento cuando la autora singularmente se traslada a la realidad de la explotación. A fines de 1872, de 600 vetas registradas solo 30 estaban trabajando por efecto del costo de provisiones y transportes, la escasez de trabajadores, las discrepancias entre los administradores de las sociedades y los accionistas en cuanto a las operaciones y la transacción de los derechos mineros (pues se había suspendido la vigencia del amparo por el trabajo). A fines de 1872 se reactivó la producción. Además, la coexistencia de la administración y operación de las minas estaba encargada a un administrador nombrado por los dueños de las barras y un encargado del Consejo

Directivo de la sociedad. Por las limitaciones en terreno para la explotación, producto de las exigencias legales, se formó la Junta Central de Administración que agrupaba a varias sociedades, y con ello, grupos de pertenencias. Así se lograba la producción a escala y el pago de los gastos. La intensidad en la explotación, sin embargo, solo llegaba hasta los 45 metros, pues allí bajaba la ley del mineral y se abandonaba la faena. Los socios no respondían por su cuota y eran citados judicialmente. Asociada a la ley mineral, la producción más rentable estaba relacionada con los medios técnicos (p. 104). La explotación tradicional incluía: barreteros, apires, chancado y clasificación manual.

La habilitación minera estaba a cargo de las casas comerciales que suministraban dinero para insumos y compraban la producción, restándole, a lo segundo, los préstamos mensuales que les hacían (p. 110). Finalmente, se analizan la producción y el nivel de precios, los que disminuyeron por la abundante oferta californiana y la venta argentífera alemana (monedas de plata), con lo que se completa la mirada económica de la explotación del mineral de Caracoles.

Estos dos aspectos que he resumido sucintamente son los análisis más importantes que desarrolla la investigación de Carmen Gloria Bravo. Si bien se completa el estudio con el análisis de aspectos geográficos, demográficos y políticos, las notas altas de su estudio se centran —a mi juicio— en estos dos temas.

LUIS ORELLANA RETAMALES

BRIAN LOVEMAN. *Chile, the Legacy of hispanic Capitalism* (3ª ed.) Oxford University Press, New York, 2001, 424 págs.

Brian Loveman nos presenta la tercera edición de su historia de Chile, ya muy conocida en ambientes anglosajones y también en Chile. El nuevo libro trae varias novedades importantes. De partida, llega hasta el presente (año 2000), pero no solo eso. Hay una introducción sobre el Chile actual, donde hace ver que los grandes gobiernos modernizadores de la historia chilena han sido autoritarios, por lo cual no es de extrañar que hayan impuesto sus reformas de arriba hacia abajo, excluyendo a buena parte de los chilenos más pobres. Así ocurrió también con la dictadura militar del general Pinochet, y no deja de reconocer que efectivamente logró importantes avances que se han perpetuado en los gobiernos de la Concertación después (pp. 3-6).

Más adelante el libro sigue el patrón de sus anteriores ediciones y pasa a un excelente capítulo sobre geohistoria. Este —que tanta falta hace en otras historias generales de Chile— explica nuestro devenir a partir de razones geográficas tan sólidas como las que han derivado de nuestros procesos o coyunturas, propiamente históricas, más importantes. Se basa en Elías Almeyda Arrollo y en Benjamín Subercaseaux, pero bien podía haber tomado sus ideas de la Escuela Francesa que encabezó Braudel. Brian Loveman intenta conectar estrechamente el acontecimiento y el proceso histórico con la geografía tal como lo hacía el autor galo. Pero Loveman —que lo hace de modo más general que los grandes historiadores franceses— llega hasta el análisis del presente. Con todo, son pocas sus sugerencias que no merecen reflexiones interesantes y sin duda tienen mucho de verdad. Este capítulo es uno de los aciertos del libro.

Refiriéndose al período colonial, aun cuando su descripción de los excesos de la Conquista y Colonia parecen un tanto más matizados que en las anteriores ediciones, la caracterización del periodo, en su realidad militar, político-social y económica, sigue siendo más o menos la misma. Dura para los conquistadores pero bastante buena. Faltan sí algunos elementos relevantes, o matizar los que están mirados desde una sola óptica, como, por ejemplo, el rol de la Iglesia y la mentalidad del conquistador.

Pero enfatiza aspectos de la estructura socioeconómica que la mayoría de los autores chilenos —notoriamente los más conservadores— tocan, pero no muestran que fueron los que definieron la fisonomía de todo período. Poco importancia le da a la sucesión de gobernadores; ni divide y periodifica a partir de acontecimientos políticos sin importancia verdadera, como lo hace Encina, por ejemplo. Es lo socioeconómico lo que Loveman enfatiza y, dentro de ese ámbito, es la pobreza, la situación de los indios y las características de la demografía.

Sin embargo, el fuerte del libro de Loveman no son los siglos coloniales, los que están trabajados, fundamentalmente a partir de fuentes secundarias, aunque muy bien estudiadas, según nos parece. El autor, en su prefacio a la primera edición ya había reconocido su deuda hacia los historiadores chilenos clásicos.

Frente a los capítulos dedicados a la Colonia queda una sola gran duda: ¿se justifica el nombre de *hispanic capitalism* para caracterizar el período. ¿Fue capitalista el régimen que existió en la América hispana y Chile? Se ha discutido mucho sobre el punto y si bien hay elementos capitalistas en el sistema económico de la Colonia chilena, como el mismo Loveman lo reconoce, mucho hay también del feudalismo español anterior al siglo XV. ¿Por qué entonces el título de la obra? Quizá simplemente debería llamarse *A history of Chile* o algo parecido.

La Independencia esta relatada y analizada adecuadamente, pero, como de verdad fue, un acontecimiento que no cambió la estructura socioeconómica interna y que solo fue político-militar, reemplazando los notables criollos a las autoridades reales en el ejercicio del poder. Entre los criollos, distingue los que desde un comienzo, estaban por la Independencia y aquellos que más o menos sinceramente pretendieron en 1810 defender los derechos del legítimo soberano de España; siendo la actitud belicosa de los virreyes del Perú lo que definitivamente hizo optar al grueso –consciente– del país por la Independencia; explicación que falta en algunos autores muy respetados (o publicitados) que han estudiado el período. Sin embargo, se echa de menos el agregar que el primer grupo (muy pequeño), al tomar actitudes antimonárquicas desde un principio, estaba probablemente influido por las ideas ilustradas francesas y españolas, así como el ideario de la Guerra de la Independencia de los EE.UU.

Pero, despachada la Independencia, Loveman presta mucha atención al “Período Portaliano”, donde ve –a nuestro juicio con razón– el origen de buena parte del afianzamiento de los principales pilares, de hecho si no en doctrina, de la política de la República de Chile posterior, hasta el golpe militar de 1973. Recalca que este significó la fosilización del orden socioeconómico heredado desde la Colonia y que los sectores populares poco se beneficiaron de la primera ola “modernizadora” en Chile, que se dio entre 1830 hasta la Guerra del Pacífico y el ingreso del país a la época del salitre.

El capítulo dedicado al salitre, la Guerra Civil de 1891 y el “dinero fácil” de los años siguientes, es otro de los aciertos del libro. Loveman no se matricula con la polémica que ha existido sobre la Guerra Civil y la influencia del capitalismo británico en el estallido y resultado de esta. En cierto modo recoge la tesis de Blakemore, pero no deja de hacer presentes algunos de los argumentos de Ramírez Necochea. Como resultado político de la contienda, enfatiza, obviamente, que significó que el poder político pasó de la Presidencia de la República al Parlamento. Más interesante es su análisis de lo que fue la zona salitrera. En este caso, lo dicho se suma (en el capítulo siguiente) a otra hipótesis que también ha sido objeto de polémica: ¿fue la industria del salitre un enclave o no? Loveman piensa que no lo fue, ya que la importancia económica de la zona salitrera repercutió en otras zonas y, en definitiva, en toda la economía del país. Demuestra lo anterior haciendo presente cómo crecieron las ciudades de Chile, pero pone en duda que fuese en definitiva una influencia beneficiosa para la economía chilena como un todo y para el país mismo, que continuaba exhibiendo índices sociales muy malos (pp. 159-160).

El estudio del siglo XX lo inicia Brian Loveman con consideraciones sobre la cuestión social. Aunque aporta bastante información, llama la aten-

ción que se preocupe principalmente de sectores de los pobres de las ciudades, del mundo campesino, de la influencia que empiezan adquirir en Chile los intereses económicos norteamericanos y algunos otros temas, pero no le concede importancia al fenómeno social que parece central en el período, que es el fortalecimiento y la actitud contestataria que adopta la clase media. Grupo que no solo aumenta en número, sino que se transforma en el sector con más educación de la sociedad chilena y del cual surgen las figuras con ideas renovadoras; las que estuvieron tras los cambios político-sociales que intenta imponer Arturo Alessandri (a quien tampoco se le concede un papel histórico importante) y el general Ibáñez, de cuya obra sí se preocupa bastante. De hecho, la clase media puede considerarse la columna vertebral del siglo XX chileno, así como la oligarquía lo había sido del siglo XIX. Creo que este es un vacío importante en el libro que comentamos.

La caracterización de las décadas de 1930 y 1940, cuando definitivamente se puede decir que en Chile existe una democracia, está muy lograda. En particular cuando concede relevancia a temas que no aparecen tan destacados en otras historias generales, como la incorporación al mundo político y laboral de la mujer. Con todo, creo que el autor concede excesiva importancia a lo que sucedía durante esos años en el mundo rural, que, a mi juicio, se caracterizó —precisamente— por su inmovilismo y pérdida de importancia. Es posible que Brian Loveman se haya dejado llevar por su entusiasmo con respecto a lo que estudió y describió de su primera gran investigación sobre Chile: *Struggle in the Countryside*. Pero casi todos los demás temas del período están abordados.

También la historia de la competencia entre las dos utopías en pugna a partir de la década de 1950 está hecha en forma seria y con indudable deseo de lograr objetividad. Solo podría ponerse en duda que el apoyo norteamericano haya sido tan fundamental en el triunfo del candidato demócratacristiano Eduardo Frei Montalva en 1964, insertando el proceso electoral dentro de una campaña antimarxista que también habría comprendido sectores eclesiásticos católicos. Aunque, por otra parte, con honradez, Loveman reconoce la buena fe que había tras el modelo demócratacristiano y la acción de Presidente Frei Montalva. Su diagnóstico de por qué fracasó, al menos parcialmente, la “Revolución en Libertad”, parece acertado y perspicaz.

Con el Gobierno de Salvador Allende es claro y duro al describir su fracaso. Sin embargo, se echa de menos una descripción detallada y explicada del “Plan Vuskovic” como parte de una estrategia general (del grupo partidario de la “Vía Chilena”, vale decir, los moderados dentro del Gobierno) para realizar no solo reformas económicas, sino adquirir el poder político de manera excluyente, con lo cual ambos sectores de la UP (tampoco claramente diferenciados, lo que quizá puede ser una acierto de Loveman)

aparecen persiguiendo en definitiva el mismo objetivo: el poder total. No deja claro cuál fue la verdadera importancia de la intervención de Estados Unidos en el derrocamiento de Allende.

El capítulo dedicado a la dictadura –como era de esperarse– es lapidario, particularmente en todo lo que se refiere a las violaciones a los derechos humanos. Por otra parte, no deja de hacer una interesante periodificación y análisis del porqué de su devenir, el que explica fundamentalmente en función del plan económico neoliberal, al que, con justicia, no deja de reconocer éxitos –así como a las “modernizaciones”–, algo que, como se dijo, ya había hecho en el capítulo I (*Land and Society*). Pero no deja de señalar que todo esto se logró a costa de un “gasto social” exorbitante. Da una buena visión de conjunto, para un periodo que aún ha sido poco estudiado. Hubiera sido interesante que el autor intentara un perfil humano y psicológico de Pinochet.

En las últimas páginas dedicadas a la “transición” y a los gobiernos de la Concertación, incluyendo el epílogo, también se encuentra el autor con el problema de que es un período todavía poco estudiado y al que, obligatoriamente, debe mirar sin suficiente perspectiva temporal. Pero el relato es bueno y, en nuestra opinión, bastante fiel a la verdad, y completo.

El estudio bibliográfico final es uno de los más exhaustivos y rigurosos que se han hecho sobre la historia de Chile reciente y constituye una aporte en sí mismo. Está notablemente al día.

Además, el libro de Brian Loveman, como las ediciones anteriores, abunda en interesantes tablas de cifras, gráficos y cuadros explicativos. La mayoría nos parecen muy serios, con algunas excepciones, por los que se refiere a los más recientes. De este modo, la gran cantidad de información que entrega el texto mismo queda complementada útilmente. También es interesante el hecho de que incorpora aportes de obras de historiografía, realizadas por chilenos, de aparición reciente, las que sin duda enriquecen la visión que se entrega de las diversas épocas.

En fin, el libro contiene también algunos errores de hecho, menores o relativamente menores.

Quizá lo más discutible del texto que comentamos sea –repetámoslo– el continuar usando la tesis del *hispanic capitalism* como trasfondo explicativo de la evolución histórica chilena. El concepto es equívoco. Además, el subdesarrollo de Chile, que es la cuestión central que el libro intenta dilucidar, creo que no puede ser reducido a una explicación única, más todavía si tiene esa –a mi juicio– débil base teórica.

Pero el libro aporta mucha información, está bien estructurado y llega hasta el presente (uno de los pocos que lo hacen). No deja duda del enorme trabajo incorporado que contiene. Estoy, pues, de acuerdo con la afirmación

de la contratapa de que es la mejor historia general de Chile en inglés y, agregó, que sería muy buena incluso si se le compara con las hechas en castellano. Pero quizá, volviendo a las ediciones en inglés, si nos remitimos solo al período republicano, sea más aguda, aunque no más informativa, la de Sater y Collier.

CRISTIÁN GAZMURI

VÍCTOR FARIAS. *Los nazis en Chile*. Editorial Planeta, Stgo. 2000, 586 págs.

El libro del profesor Farías es el fruto de una larga y acuciosa investigación y, consecuentemente, contiene mucha información y creo que ese es su mayor (pero no único) mérito. La excelente investigación fue posible porque el autor domina perfectamente los dos idiomas que necesitó para llevarla a cabo y tiene un riguroso método investigativo.

Los nazis en Chile es además un libro bien estructurado y ordenado. Ya en el prólogo se definen perfectamente las ocho unidades temáticas que se van a tratar. Orden que se respeta.

Más todavía, es un libro que a veces nos sorprende con información francamente chocante y que de venir de un investigador menos reputado parecería francamente inconcebible. Vgr.: un episodio que no es de la época del nazismo, sino de la Alemania guillermina y que involucra a más de una de sus grandes figuras científicas: la eminencia médica Dr. Virchow, legitimó el rapto de indios chilenos del extremo sur, primero para ser exhibidos enjaulados en el zoológico y después para ser usados como “conejiillos de Indias” en experimentos médicos y raciales en hospitales y laboratorios. A veces, para eludir la legislación vigente en Alemania, se enviaron a Suiza cadáveres de mujeres yaganas para que sus vaginas fueran estudiadas por el propio Virchow y otro “especialista”. Luego se enviarían otros órganos (p. 84).

Pero yendo a la columna vertebral del libro me referiré a las ocho unidades temáticas, por separado, brevemente.

La primera unidad se preocupa de las instituciones y medios usados por el nazismo alemán en el extranjero. Se trata de una buena descripción, por lo demás perfectamente en consonancia con el carácter totalitario y mesiánico (en su perspectiva) del totalitarismo nazi. Como, por lo demás *—mutatis mutandis—*, lo ha sido de otras dictaduras totalitarias, como la URSS de Stalin.

En la segunda, más prolongada, el autor se preocupa del “Partido Nazi chileno”. Pero no se trata del comúnmente conocido como el Partido Nazi

chileno, el dirigido por Jorge González von Marees, famoso por el episodio del 5 de septiembre de 1938 en el edificio del Seguro Obrero, y que reunía a varias decenas de miles de simpatizantes del nacionalsocialismo de origen étnico chileno.

El profesor Farías se refiere a la que podría llamarse “Sección Chilena del Partido Nazi alemán” (*Landesgruppe-Chile*), donde militaban alemanes nacidos en Chile pero de sangre absolutamente germana. Vale decir, no mestizados con chilenos (el autor, tomando la palabra de un estudioso alemán que vivió en Chile y al que ya nos referiremos, los llama “bastardos”). Este grupo, con una organización similar al del Partido Nazi existente en Alemania (*Fuhrer prizip*, estructura jerárquica militarizada, simbología, etc.), habría llegado a tener unos 1.500 miembros hacia 1945 y habría extendido su influencia en Chile a través de los colegios alemanes, la sociedades alemanas (*Deutsche Verein*) y la misma Iglesia Luterana.

Con todo, no me parece que el autor demuestre fehacientemente que su influencia fuese mucha; ni siquiera considerable, ciertamente incapaz de cambiar una política de gobierno, como la que nos llevó a romper relaciones con el Eje en 1943.

Por otra parte hubiera sido interesante que el profesor Farías hubiera profundizado en la relación existente entre los dos partidos nazis en Chile: El chileno y el alemán. Ese tema sería muy interesante de abordar en el futuro.

Las tercera unidad temática abordada en el libro va precedida de una breve historia del genocidio racial nazi en Europa, bastante lograda a mi juicio. Pero su tema de fondo es la estadía, contactos e ideas de médicos alemanes en Chile y el Caribe, así como de chilenos en Alemania. En relación a los primeros, el profesor Farías se preocupa en especial de uno: Johan Schaibe, alumno de la Universidad de Friburgo, quien ya poseedor de la licenciatura en Medicina (al parecer), hizo su doctorado versando la tesis sobre el estudio racial del chileno (mestizo) y su relación con los alemanes radicados en Chile. Schaibe permaneció dos años (1934-1935) en la Universidad de Concepción, y allí pudo estudiar un universo de niños chilenos. Su tesis doctoral está estrechamente delimitada por las categorías racistas nazis, (presumiblemente tomadas de Rosenberg). Lo más interesante del estudio de Schaibe es su oposición a que descendientes de familias alemanas, que habían conservado su “pureza racial”, contrajeran matrimonio con chilenos mestizos, los “bastardos”. Receta que, por fortuna, la colonia alemana en Chile no ha seguido.

Pero Schaibe es un caso aislado y sabemos que eso no constituye prueba en historiográfica. Lo mismo vale para el caso del Caribe donde también se estudia un caso aislado en “Colonia Tovar”, Venezuela.

Más interesantes son las conclusiones que el profesor Farías obtiene de las numerosas estadías de médicos chilenos en la Alemania nazi. No hay duda que la “Academia Médica Germano-Iberoamericana” (que después pervivió bajo otro nombre) y la acción del general Faupel destinada a crear “multiplicadores” de la doctrina nazi en nuestros países de la América Latina, respondió a una política de Estado y una planificación bien llevada. Y la demostración de este hecho es uno de los mayores aciertos del libro de Farías.

Pero de allí a deducir que la gran mayoría (por no decir todos) de los médicos chilenos que estudiaron en Alemania durante la época nazi eran simpatizantes de esta causa, hay una brecha muy grande. Alemania era un centro de estudios médicos avanzados de prestigio mundial y sin duda muchos de los médicos chilenos que fueron a Alemania no lo hicieron porque simpatizaran con el nazismo (aun cuando firmaran papeles con membretes o frases nazis, o llegaran a pertenecer a la Academia Médica Germano-Iberoamericana), sino porque deseaban perfeccionarse. Cabe consignar, como lo hace el profesor Farías, que la gran mayoría de estos pagaban sus propios estudios o tenían becas de instituciones chilenas. La pretensión de que todos los galenos chilenos perfeccionándose en Alemania, a fines de la década de 1930, eran pro nazis, llega al absurdo cuando se encuentran nombres como el del neurocirujano Dr. Alfonso Asenjo, después (y quizá desde entonces) connotado militante comunista. Por cierto que esta duda no equivale a afirmar que entre los médicos chilenos perfeccionándose en Alemania no hubiesen simpatizantes del nazismo. Farías prueba que los había, pero queda la duda si eran siquiera la mayoría.

En cambio, me parece que el autor sí evidencia que efectivamente entre el personal de la representación diplomática de Chile en la Alemania nazi existía un desusado número de simpatizantes del nazismo, algunos fanáticos, como el Secretario (ad honorem) Miguel Cruchaga Ossa o la Agregada Cultural, Margarita Johow. Incluso los embajadores Luis de Porto-Seguro y Tobías Barros Ortiz mostraron simpatía hacia el régimen alemán. Sin embargo, en el caso de estos últimos, hay que recordar que parte del deber de todo embajador es tener una actitud de ese tipo frente al gobierno del país donde cumple su representación, lo que por cierto no desmiente que tanto Porto-Seguro como Barros fuesen simpatizantes del nazismo.

¿Por qué no hubo un cambio de actitud del Gobierno de Chile ante el nazi, después de la elección presidencial de Pedro Aguirre Cerda y el triunfo del Frente Popular?, como lo da a entender el libro. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la actitud de Chile frente a Alemania nazi sí parece haber cambiado al menos en algunos aspectos sustanciales. Como bien lo relata el profesor Farías, Chile recibió 9.000 inmigrantes judíos y no solo

durante los escasos meses que fueron entre el momento en que comenzara a gobernar Aguirre y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando quedara bloqueada Alemania y la emigración judía se hiciera casi imposible, sino también durante el Gobierno derechista de Arturo Alessandri (segunda administración). Y esto a pesar de las pruebas que entrega el autor de la escasa simpatía de algunos funcionarios de la diplomacia chilena hacia esa emigración. El hecho es de que si el Gobierno de Chile se hubiese opuesto a recibir a los desdichados judíos, estos no habrían podido llegar hasta nuestras costas. Pero –como lo señala el propio libro que comentamos– llegaron unos 9.000. Cifra que no puede considerarse pequeña si se tiene en cuenta que la inmigración republicana, después de la Guerra Civil española, fue bastante menor, quizá menos de la mitad.

Una quinta unidad temática se refiere al espionaje nazi en Chile. Farías prueba contundentemente que lo hubo: la única objeción que se podría encontrar en este capítulo es un factor metodológico. La mayor parte de la información que trae está basada en un largo informe (40 págs.) que Farías reproduce, redactado por un agente del Gobierno norteamericano, de origen judío, Kurt D. Singer. Aunque también se reproducen informes de Investigaciones que avalan en parte (en todo caso la información esencial) lo dicho por Singer. Vale decir, queda claro que había efectivamente una red de espionaje nazi en Chile, destinada a influir sobre la voluntad del Gobierno chileno y sectores de la opinión pública particular. Pero en todo caso su influencia, por bien montada que estuviera, fue mucho menor que la de los EE.UU. Si no, no se explica que Chile rompiera relaciones con Alemania en 1943, se congelaran capitales alemanes y se diera toda la secuencia de hechos que una medida diplomática como esa normalmente conlleva. Efectivamente, la influencia de EE.UU. en Chile durante los años de la Segunda Guerra Mundial fue enorme y ameritaría un estudio tan completo y contundente como el del profesor Farías. Dos o tres hechos como prueba: el precio del cobre chileno fue fijado unilateralmente por el Gobierno norteamericano en 11.7 centavos de dólar la libra, en circunstancias que para el producido en los propios Estados Unidos el valor pagado era el triple, o más. Varios oficiales chilenos integraron las Fuerzas Armadas del país del norte, en función de convenios, más o menos presionados por estas. Verbigracia, el almirante José Toribio Merino (entonces un joven oficial), quien sirvió en un viejo crucero, con base en Panamá.

Una sexta unidad temática se preocupa de la influencia del nazismo entre las Fuerzas Armadas chilenas. Esta es otra parte del libro que resulta muy convincente. No deja duda que un sector importante de la oficialidad (y probablemente la suboficialidad también) admiró al nazismo y al ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial y, en muchos casos, varios años

antes. Solo cabe hacer presente que, de nuevo, falta agregar el contexto o, al menos, enfatizar en cuán importante pudo ser este en el fenómeno que relatamos. El Ejército chileno venía recibiendo una apabullante influencia prusiana desde los años posteriores a la Guerra del Pacífico. Fueron centenares los oficiales chilenos que viajaron a Alemania y los alemanes que vinieron a Chile como instructores. Gran parte del armamento (quizá la mayoría) era adquirido en Alemania desde entonces. Cañones Krupp y fusiles Mauser (modelo 1912) que se usaron hasta fines de la década de 1950 y con los cuales aún desfila la Escuela Militar de Chile, con los cadetes vestidos con uniformes idénticos a sus similares teutonas de la era guillermina. De la admiración por el aparato bélico alemán a la admiración por el nazismo (que todavía no mostraba su lado brutal y perverso, el que solo vino a conocerse fehacientemente después de la Segunda Guerra Mundial) había un paso corto.

Pero, por otra parte, también a partir de 1940, el Ejército –más o menos obligatoriamente– debió recurrir a los EE.UU. para sus compras militares. Las otras ramas de las Fuerzas Armadas chilenas, o bien compraron tanto en Alemania como en otros países (Fuerza Aérea) o no compraron en absoluto en Alemania (Armada). Con todo –insistamos– la simpatía por los nazis dentro del Ejército chileno queda bien probada.

Pasa el libro, en su penúltimo tema, a fijar sus atención en dos artistas chilenos que tuvieron destacada actuación en tierra germana durante los años del Tercer Reich. La primera fue Rosita Serrano (verdadero nombre: Ester Aldunate del Campo), bella joven criolla que comenzó e hizo su carrera en la Alemania de Hitler, adquiriendo gran popularidad. No deja duda alguna el libro del profesor Farías de que, hasta comienzos de la Segunda Guerra mundial, Rosita Serrano se dejó mimar por la prensa alemana, toda ella controlada, y participó en muchos recitales o ceremonias, oficiales o semioficiales (todo es así en un totalitarismo). Pero deja igualmente claro que en los años 1940, cuando la barbarie nazi se hizo evidente, Rosita Serrano dio conciertos en beneficio de refugiados daneses y judíos en Suecia, hasta el punto que se dictaminó “que sus discos y grabaciones radiales deben ser requisados” (p. 421). Rosita Serrano debió finalmente abandonar Alemania en estado de indigencia, al ser bloqueados sus haberes, debiendo ser repatriada desde Estocolmo. ¿Se le puede acusar, como lo hace el autor, de ser una incondicional de la brutalidad nazi? No me parece.

El caso de Claudio Arrau es parecido. Arrau había llegado a Alemania en 1913, donde fue acogido como discípulo por Martín Krause, por 5 años, haciendo después una brillante carrera internacional, donde las giras por Alemania, antes y después del advenimiento del nazismo, abundaron. Su ligazón con el mundo musical clásico alemán (incluso el oficial) fue siempre

muy firme y continuó durante la época nazi. ¿Hubiera sido lógico que Arrau se distanciara de su patria artística solo por el hecho de la llegada al poder de Hitler, en circunstancias de que la mayoría de los gobiernos de la Europa democrática aceptaron el hecho y solo vinieron a romper con esta en 1939? ¿No habría sido ser más papista que el Papa?

Por lo demás, Arrau, como Rosita Serrano, se distanció definitivamente de la Alemania nazi en 1943, para radicarse en EE.UU. ¿De haber sabido los norteamericanos (y sin duda lo hubieran sabido) que Arrau era nazi, o simpatizante, lo habrían aceptado en su país en 1943, dándole después la ciudadanía estadounidense? Tampoco parece algo posible. De allí que dar a entender que Arrau fue simpatizante de los nazis alemanes es, ciertamente, una exageración.

La última unidad temática que toca el texto –apéndices aparte, de los que ya hablaremos– es un episodio ocurrido durante el Gobierno de la Unidad Popular. Como se sabe, durante la presidencia de Jorge Alessandri (1963) la República Federal Alemana pidió la extradición de Walter Rauff, justamente acusado de cometer atrocidades en contra de los judíos y otros enemigos del régimen de Hitler. Pero la Corte Suprema chilena negó la extradición aduciendo que la acción estaba prescrita. Siendo Salvador Allende Presidente de Chile, Simón Wisenthal intentó de nuevo obtener la extradición, recibiendo como respuesta una correcta carta de Presidente, donde se le hacía presente que no podía pasar por encima de la Constitución que establecía que los tribunales de justicia eran los “únicos facultados para conocer las causas civiles y criminales”. ¿Qué otra cosa podía hacer Allende? ¿Utilizar un resquicio legal? ¿Entregar a Rauff, de hecho, a la justicia alemana o a Israel? Al negarse a la petición de Wisenthal, Allende solo respetó la Constitución de Chile. ¿Se le puede culpar por eso?

En fin, el libro trae varios apéndices, interesantes, aunque, los más importantes, no son plenamente confiables en la información que aportan, pues proviene de la inteligencia norteamericana de tiempos de la Guerra.

En resumen, el libro es un estudio bien investigado, que se nota realizado por un profesional (aunque no historiador), pero que exagera en sus interpretaciones, contiene algunos errores menores como en la pág. 361, donde aparece Goering, que era aviador, reemplazando al general Fritsch en la Comandancia del Ejército, en circunstancias de que lo substituyó Walter von Brauchitsch, y conclusiones no siempre cabalmente demostradas. Con todo, es útil para cualquier estudioso de la historia de Chile en el siglo XX.

CRISTIÁN GAZMURI, *Eduardo Frei Montalva y su época*, Aguilar, Santiago, 2000, dos volúmenes, 998 págs.

Eduardo Frei Montalva fue una de las figuras políticas chilenas más destacadas de mediados del siglo veinte. Elegido por una mayoría absoluta de los votantes con un programa de reformas que se presentaba como alternativa a un régimen marxista, su gestión presidencial fue atacada tanto por la derecha como por la izquierda que presionaba por cambios aún más radicales. Pese a las críticas a su gobierno, Frei conservó el respeto de la ciudadanía y una reputación de hombre inteligente y capaz. Este “capital político”, que representaba su nombre y apellido, contribuyó poderosamente a la candidatura de su hijo Eduardo a la Presidencia de la República y a su posterior elección a la primera magistratura de la nación. Faltaba, hasta ahora, una biografía sobre Eduardo Frei Montalva de una calidad acorde con la importancia del personaje. El profesor Cristián Gazmuri, con la colaboración de los investigadores Patricia Arancibia y Álvaro Góngora, ha estudiado con acuciosidad las sucesivas etapas de la vida del ex mandatario, logrando un buen equilibrio entre la dimensión personal e intelectual, su trayectoria política y su gobierno.

El equipo de trabajo tuvo acceso a los papeles personales conservados por la Fundación Frei, que no habían sido utilizados hasta la fecha y que resultan indispensables para la primera etapa de su biografía. Se revisaron, asimismo, los numerosos libros y artículos publicados por Eduardo Frei, y una amplia gama de diarios y revistas de la época. Se recurrió también a los métodos de historia oral, a través de unas 40 entrevistas a miembros de la familia, amigos, políticos, compañeros de trabajo y su médico personal, a las que se suman los recuerdos de testigos, ya publicados en la prensa. Se trata, pues, de una investigación muy bien documentada.

Una “historia del tiempo presente”, como el caso de esta obra, no siempre tiene acceso a todas las fuentes necesarias para el conocimiento de los hechos que se desea estudiar, pero, como bien argumenta Matías Tagle en su “reflexión introductoria”, nunca se puede declarar que la revisión ha sido exhaustiva, pues siempre queda la posibilidad de que aparezcan más documentos. Con nuevos materiales y nuevas inquietudes, las generaciones posteriores podrán plantearse otras preguntas desde perspectivas diferentes, lo que no debe impedir a la actual generación que interroge el pasado reciente. Lo importante, agrega, es que el tratamiento de las fuentes disponibles “sea honesto, crítico, exhaustivo; en una palabra: científico”.

Estimo que esta exigencia se cumple. Cristián Gazmuri y su equipo son sensibles a los diversos rumores y opiniones sobre su vida y obra –y los hay muchos–, para luego sopesar la evidencia y emitir un juicio fundado. Es

evidente que hay una empatía entre el autor y su personaje, la que fluye de ideas y valores compartidos y, en los últimos años, experiencias comunes. Diría que Cristián Gazmuri entiende esta mezcla de intelectual y de político que conforma la personalidad de Frei. No obstante, el autor conserva en todo momento su sentido crítico y su capacidad para recoger en el momento oportuno el detalle doméstico y familiar que hace del prócer un ser humano, con sus fortalezas y debilidades. Por lo mismo, es muy probable que el resultado final no haya sido del agrado de algunos familiares que, al parecer, habrían preferido proyectar una imagen idealizada del presidente Frei Montalva, que acrecentara el prestigio político de la familia. Ello explica sus declaraciones a la prensa con motivo de la publicación del libro y la insólita nota de los editores que “esta obra no refleja necesariamente ni integralmente la opinión de la Fundación Eduardo Frei Montalva”, advertencia que resulta casi una garantía de honradez intelectual para el lector y, de paso, hace presente algunos riesgos inesperados del oficio del historiador.

Aunque la imagen de Frei está inexorablemente ligada a la de su gobierno, su trayectoria intelectual y su carrera pública comienzan mucho antes. Sus años formativos como estudiante de Derecho en la Universidad Católica y dirigente de la Falange fueron claves en la formación de su personalidad y su opción por la política. El profesor Cristián Gazmuri realiza un aporte significativo al conocimiento de esta etapa de su vida. A manera de ejemplo, el viaje del Frei a Europa en 1933, para tomar parte en un Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos en Roma, le sirvió para ampliar sus horizontes culturales, darle más “mundo”, seguridad y roce social. Aún menos conocido es su paso por la dirección del diario *Tarapacá* de Iquique y su fallido intento para ser elegido diputado por la zona. La integración de los elementos personales y el contexto histórico está muy lograda; el autor no pierde de vista que se trata de una biografía, pero sabe que no se puede comprender al hombre sin la época, más aún en el caso de Eduardo Frei que tanto contribuyó a moldearla.

El segundo volumen está dedicado a la gestación de la candidatura de Frei desde el intento de 1958, a su período presidencial y a sus posiciones frente al régimen de la Unidad Popular y el gobierno militar. En esta parte hay un mayor énfasis en el contexto histórico, en particular cuando se refiere a los logros de su gobierno y las dificultades que enfrentaba dentro y fuera de su partido. Aunque el autor recoge en parte las críticas que se han hecho a su administración, el balance es manifiestamente favorable. No así respecto a lo que vino después. Gazmuri hace ver el creciente anticomunismo de Frei y sus temores respecto de la mantención del régimen democrático bajo Allende. Ello explicaría, en buena parte, la actitud favorable del ex mandatario al pronunciamiento militar, cuyos jefes, a su juicio, iban a resta-

blecer la normalidad política, para luego, en un plazo relativamente breve, llamar a elecciones y volver al sistema democrático. Cristián Gazmuri no intenta disimular este grave error de apreciación del ex mandatario, una verdad que no agrada a algunos, aunque señala que el propio Frei reconoció haberse equivocado y que fue derivando a una posición cada vez más crítica hacia el gobierno de Pinochet.

Más allá de su innegable aporte al conocimiento del pasado reciente, esta obra constituye una revalorización del género biográfico en Chile, donde, a diferencia de lo que sucede en otros países, había sido descuidado en los últimos años por los historiadores volcados a las nuevas corrientes historiográficas de inspiración europea. Es de esperar que este ejemplo sea imitado, más aún teniendo en cuenta la claridad de estilo y facilidad de la lectura.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

CARLOS HUNEEUS. *El régimen de Pinochet*. Editorial Sudamericana, Santiago, 2000, 670 págs.

Las revisiones históricas que tienen como objeto nuestro pasado reciente, hacen reflexionar sobre la factibilidad del estudio de la “historia del tiempo presente”. Quienes están convencidos que el presente no puede ser estudiado dentro de la historia o que esta se debe ocupar de hechos suficientemente pasados, se creerán ante un eufemismo que busca otras intenciones. Sin embargo, deberán aceptar las dificultades a la hora de determinar cuál es la perspectiva histórica *suficiente*: ¿A partir de qué fecha debe enmudecer el historiador? Por “historia reciente” o del “tiempo presente” ha de entenderse la posibilidad de análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y su escritura, entre actores, testigos e historiadores. El presente es el eje central del análisis y su final es abierto, enfrentando al historiador a procesos históricos vigentes. Es una perspectiva en donde la memoria presencializa un pasado que permanece vivo en el presente.

Si bien ya no existe un rechazo tan categórico a estos estudios e incluso se han publicado importantes monografías de historiadores sobre el pasado reciente –como por ejemplo los trabajos de Gonzalo Rojas: *Chile escoge la libertad*, y Cristián Gazmuri: *Eduardo Frei Montalva y su época* y *La persistencia de la memoria*, entre otros–, en ciertos ámbitos persiste la costumbre de reservar las opiniones sobre hechos recientes al periodismo, la economía, la sociología o la ciencia política y han puesto en duda la factibilidad

de escribir una historia de los hechos recientes con distintos argumentos (fuentes, distancia temporal, objetividad, desconocimiento del final, uso político, etc.). Sin embargo, su necesidad no está dada por un capricho de editor o una moda. La ampliación temporal del objeto de la historia plantea la problemática de las relaciones entre tiempo e historia, que son fundamentales para entender este cambio de perspectiva. Respecto al método, hay que superar el supuesto de objetividad, entendida como distanciamiento en el tiempo. Dicho argumento olvida la inevitable presencia del sujeto que enriquece con las interrogantes de su tiempo. Mientras que las objeciones por su utilización política tampoco son ajenas a otras parcelas historiográficas.

Es en este contexto donde hemos de situar el libro de Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, quien en doce capítulos da cuenta del gobierno más largo que ha tenido nuestra historia. Como el mismo autor afirma al inicio del prefacio, “no es un libro histórico” (p. 17); ciertamente no lo es. Es un trabajo de ciencia política que recurre a la historia con el objetivo de reconstruir las instituciones y procesos del período en estudio, ofreciendo una perspectiva desde la política comparada, que busca analogías y semejanzas con otros regímenes militares tales como el argentino, brasileño, portugués y español, e incluso aventura comparaciones con categorías analíticas válidas para el régimen nacionalsocialista de Hitler.

Los temas tratados son múltiples y hay en ellos importantes contribuciones, como se verá más adelante; sin embargo, comete un error que condiciona el relato y lo conlleva a afirmar sentencias equivocadas, las cuales quedan en evidencia en las mismas contradicciones que tiene el trabajo. Efectivamente, el libro se inicia con el 11 de septiembre de 1973, haciendo que su sola lectura lleve al lector a no entender los argumentos que precipitaron la intervención militar; cualquiera creería que “los militares botaron a Allende”, es decir, una verdad sesgada. Faltó —aunque fuera breve— una referencia al período anterior, lo que habría matizado el relato.

El argumento central afirma que el golpe de Estado, más allá de poner “fin a una duradera tradición democrática chilena” y de ser considerado el resultado de una larga crisis acelerada por el Gobierno de Salvador Allende, constituyó un acto inaugural de un régimen autoritario, un Estado dual con dos caras opuestas pero ligadas: la coerción política y la promoción de la libertad económica, es decir, se ejerció el poder con gran violencia y se impulsaron políticas económicas que cambiaron radicalmente las bases del Estado “y que desembocarían en el despegue económico de Chile” (p. 27). La tesis no es errónea, tampoco novedosa, y es cierto que el autor señala que no desea estudiar las causas que llevaron al colapso del —en su opinión— “orden pluralista”. Sin embargo, en un contexto histórico más amplio, el “pluralismo” no es tan evidente durante las denominadas “planificaciones

globales” excluyentes. Las frases “No estoy dispuesto a cambiar una coma de mi programa, aunque sea por un millón de votos”, “avanzar sin transar”, “les negaremos la sal y el agua”, “no soy Presidente de todos los chilenos” hablan precisamente de un “antiorden pluralista”. El hito inicial merece ser matizado, pues este, más que un punto determinado, ha de encuadrarse en procesos históricos, de lo contrario ocurre que se defienden sentencias equivocadas como las que determinan la tesis. El tema de la violencia y el desempeño de la economía ilustran la afirmación.

Intentando dar una explicación de las causas de la violencia y su aceptación civil afirma: “La violencia política era inédita en el Chile del siglo XX y se hizo presente en forma espectacular la mañana del 11 de septiembre de 1973” (p. 39). Agrega: “fue el resultado de las instrucciones impartidas por los militares ese día” (p. 79). Si esto fuera así, el lector tiene el legítimo derecho a preguntarse: ¿a qué hora del día 11 de septiembre se inició la violencia, un minuto antes del bombardeo o 48 horas antes con el llamado a la sublevación? Históricamente, el argumento es insostenible. Quizás el autor debió haber matizado la frase reiterando que el problema de la violencia se generó durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva y se desarrolló en “gran escala” a partir de la intervención militar, pues es evidente que lo sabe, como queda reflejado en los mismos casos –previos a 1973– que se mencionan en el libro. No es este el lugar para profundizar sobre este aspecto, pero baste indicar que es sabido que el 11 de septiembre se presentó una violencia militar como consecuencia de la violencia política anterior. Así ha sido consignado en numerosos libros publicados por contrarios al régimen militar, como el de Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile*, y el de Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas*. Efectivamente, si nos remontamos, podemos llegar a episodios como la “Matanza del Seguro Obrero”, donde mueren nazistas asesinados. Nadie en Chile piensa que estos jóvenes murieron por enfermedad u otro tipo de muerte natural. La denominada “segunda anarquía” de los años 1931-1932; *El Canto General*, en donde Neruda se refiere con fuertes epítetos a González Videla, mientras se exalta a Stalin en algunos otros poemas, ¿no se está ensalzando la violencia? En el mismo ámbito más cercano a 1973, debe recordarse lo que significaron las tomas universitarias (UCV y UC); de fundos, de fábricas, además del carisma que marcó a toda una joven generación la figura del “Che” Guevara; los congresos del PS en Linares y Chillán, este último proclama “la violencia revolucionaria” como “inevitable” y “única vía” para la toma del poder, y el de La Serena (1971) que elige a Altamirano como Secretario General, sentenciando la “aceleración creciente del proceso revolucionario”; o episodios como el asesinato del general René Schneider. Al propio gobierno de Frei Montalva se le acusó de usar la violencia contra los trabajadores (“Grupos

sin casa” de Puerto Montt), que inculpan a Edmundo Pérez Zujovic y que en definitiva le significaron su asesinato, previa canción en su contra de Víctor Jara. Asesinos que fueron calificados por Allende como “jóvenes idealistas”. También hemos de considerar la retórica violentista utilizada por los propios partidarios de la UP, que aunque Huneeus la reconoce, señala que “no se tradujo en la creación de organizaciones que llevaran a la práctica las ideas de un cambio revolucionario por medio de la fuerza” (p. 79). ¿Cómo explicarse entonces la existencia de movimientos tanto de izquierda como de derecha tales como el MIR, MAPU, Patria y Libertad y las brigadas Elmo Catalán, Ramona Parra o Rolando Matus? Efectivamente, como se dice en el libro, el MIR contaba con un reducido número de militantes procedentes de la clase media y del movimiento estudiantil, pero no se puede sostener que “no fue una organización importante porque no logró insertarse más allá de la Universidad de Concepción” (p. 86). Las reiteradas referencias del PC al riesgo inminente de una guerra civil, los “Comandos populares” y los “Cordones industriales” contribuyeron a crear la imagen que el país estaba al borde del colapso violento. El MIR fue un grupo radicalizado en la línea marxista-leninista que acusó al PC de tibio y poco revolucionario y al PS de aceptar la legalidad burguesa. Asaltaron bancos, tomaron industrias y fondos, y en 1967 ya tiene “filiales” en las poblaciones de Santiago, quitándole militancia juvenil al PS y al PC. Su actividad guerrillera es apreciable y marca la tendencia y el rumbo del PS durante 1970-1973, de otra manera cómo entender el intento de Altamirano de sublevar a la Escuadra. También falta considerar el poder de la URSS, se hecha de menos los trabajos que al respecto ha publicado el CEP (Nº 72, 1998) y la monumental colección de documentos de Víctor Farfás, fuente fundamental para el estudio del tema. Concuero con Gazmuri, quien ha señalado que más que fijarse en el tamaño del grupo hay que fijarse en su ideología, estructura, fuerza e influencia, ahí es donde esta el poder.

Tampoco es sostenible la afirmación de Huneeus que “en Chile no existió un clima de enfrentamiento armado entre organizaciones guerrillas y los militares” (p. 93), lo antes señalado así lo demuestra. Sin embargo, el propio libro cae en contradicciones: En la página 79 se menciona el “estatuto de garantías”, la ley de control de armas de 1972 (pp. 79 y 185), y se afirma que “el empleo de la violencia en la toma del poder se debe comprender en el contexto del grave conflicto político que dividió al país en dos bloques antagónicos”. En la página 82 se dice que la “polarización política provocó (en 1970) manifestaciones de violencia inéditas en el país”, pasando a mencionar la elección presidencial y el surgimiento de Patria y Libertad, afirmando –en la misma página– que los partidos contaban con grupos de defensa que cometieron actos puntuales de violencia como el atentado a

Pérez Zujovic y al edecán naval de Allende. En la página 95 se reconoce la existencia de organizaciones subversivas; en fin, son más las afirmaciones que conducen a confusión al lector, pero las señaladas bastan para preguntarnos ¿cómo sostener que la violencia política era inédita hasta el 11 de septiembre?

Respecto a la violencia post 1973 el relato esta bastante fundamentado, aunque en ocasiones es parcial y contradictorio. Se hace una de las mejores síntesis descriptivas sobre la DINA (pp. 103-108), y permite reflexionar acerca de si los excesos eran ¿de mandos medios?, ¿transitorios para controlar focos de resistencia? o ¿eran instrucciones impartidas por la autoridad como parte de una política de terror? Parece ser que hay algo de las tres.

Con todo, llama la atención la poca importancia que se asigna a las acciones del MIR y del FPMR en la década de los 80. El propio autor señala –respecto al MIR– que tras su desmantelamiento por parte de la DINA “este grupo había logrado reorganizarse en el exterior, consiguiendo que decenas de sus militantes recibieran entrenamiento militar. Muchos de estos eran jóvenes comunistas que desertaron del partido, desilusionados de que este no hubiera optado por la vía armada. Desde 1978 había iniciado una cuidadosa *operación retorno* de sus combatientes, no detectada por la CNI” (p. 505). Quizás como bien se dice, no constituyeron una verdadera amenaza para el régimen, y ciertamente no encontraron eco en la oposición democrática, pero le dio el pretexto al régimen para mantener la represión, reafirmando la lógica de guerra interna que tenían las autoridades de la época, y en especial Pinochet, pues en la mentalidad militar, los tiempos de guerra no son un formulismo jurídico, sino un convencimiento. Por tanto, no parece creíble ni está probada la afirmación que se hace respecto a que “Pinochet fue subestimado en sus capacidades personales por quienes se consideraban los autores del golpe, situación que lo empujó a actuar con un cruel oportunismo desde el comienzo, recurriendo e invitando al empleo de la violencia” (p. 137). Una afirmación como esa, ciertamente requiere de un fundamento, y en el caso concreto que comentamos no se acompaña de una nota al pie de página.

El segundo pilar de la tesis de Huneus, que deseo comentar, está en el terreno económico. En su opinión, “mirada en una perspectiva de largo aliento, su gestión muestra resultados más bien modestos en términos de crecimiento, empleo e inflación, pues sus logros fueron menores que los alcanzados por los gobiernos democráticos de los años 60 y de los años 90...” (p. 390), y a continuación se presenta un cuadro con variables macroeconómicas entre 1959 y 1998, tomada del libro de Ricardo Ffrench-Davis. Una vez más la afirmación está hecha fuera de un contexto histórico. Si tomamos como fuente el Banco Central, efectivamente indicadores como

el desempleo y el consumo real (per cápita) resultan inferiores, pero otros como el PGB real (per cápita) son superiores (100 = 1970; 120 = 1990); la inflación bajó de un 34,9% en 1970 a 21,4% en 1989, pasando por cifras de 163,4% (1972); 605,9% (1973); 369,2% (1974), etc. Recién en 1977 se bajó a dos dígitos (84,2%) y en 1980 se alcanzó una cifra inferior a 1970 (31,2%), a partir de esa fecha, y pese a la crisis de los años 80, en ningún momento se alcanzó el índice de 1970. Las exportaciones totales prácticamente se triplican (11% del PGB en 1970 a 31% en 1990); los salarios reales aumentan (100 = 1970; 128 en 1990); etc, pero más allá de repetir cifras que son conocidas, vuelvo al tema de la falta de contextualización. ¿Acaso el propio Allende no dijo poco antes del golpe: “hay pan para seis días”? ¿Cómo se sale de esa crisis? ¿Qué ocurre en los ochenta? Cómo va a ser “modesto” cuando en el mismo libro se dice: “Las dictaduras en América Latina han fracasado en su gestión económica, mientras Pinochet estableció las condiciones del crecimiento y sus principales instituciones continúan operando en democracia” (p. 392). A partir de 1985 Chile experimentó un crecimiento económico sostenido que en 1989 fue del 10,6% del PIB.

En cuanto al equipo económico, señalar que “no estaba compuesto de tecnócratas que orientaran sus decisiones por consideraciones académicas” es difícil de probar, aunque sí es cierto que no actuaron bajo las presiones del gran capital, ni eran neutrales políticamente y aceptaron las facilidades del orden autoritario para realizar un cambio radical en la economía.

En otro ámbito, se pone particular énfasis en el tema de las privatizaciones y pone en duda la transparencia del proceso, ciertamente es un tema que deberá estudiarse más en profundidad, y han comenzado a aparecer libros al respecto, pero nuevamente el desconocer el pasado le juega una mala pasada. Que distinto resulta tratar el tema las privatizaciones en un contexto de nacionalizaciones, expropiaciones, “propiedad” y libertad. Faltó consultar el libro de Enrique Brahm, *Propiedad sin libertad*, quien ha hecho un importante aporte al respecto.

En el tema del gremialismo, más allá de las discrepancias respecto a las afirmaciones que en el trabajo se hacen sobre este movimiento y su líder, su análisis se reduce al Movimiento Gremial de la UC, cuestión que es fundamental para entender los apoyos al gobierno militar, pero que, sin embargo, conviene desarrollarlo en un contexto más amplio. Apenas se menciona el papel de los otros gremios en su oposición a la UP (p. 80). ¿Qué hay del papel de las multigremiales de los 70: mineros, transportistas, profesionales universitarios, u otros actores como las mujeres?

Respecto al papel de Jaime Guzmán, el capítulo VII evidencia que aún está por escribirse un trabajo desapasionado sobre su persona. En él se desarrolla un perfil de su actuar político, de sus intenciones, y las “caras” del gremialismo, sin duda un aporte analítico que deberán tener en cuenta

futuros trabajos. Se insiste, al igual que en otros libros, en su pertenencia a Patria y Libertad (p. 334), cuestión que ha quedado probado no es así; y con respecto a los derechos humanos, afirma: “No fue un defensor de los derechos humanos, como lo presentarían sus partidarios después de su asesinato en 1991”. Tal vez no lo fuera públicamente, pero afirmar que “no condenó los métodos de Contreras porque sabía que contaba con el respaldo de Pinochet y haberlo hecho ponía en riesgo su relación con este...” y que “solo después del plebiscito de 1988, y cuando era candidato a un puesto en el Senado que se veía difícil de conseguir, Guzmán se decidió a hablar abiertamente contra el general Contreras”, tampoco es correcto. Hay evidencia documental que prueba lo contrario –la revista *Realidad* es una de ellas– y esperemos que pronto se abran públicamente los archivos que permitan despejar totalmente las dudas. Sin embargo, hemos de citar al propio Guzmán, quien en su libro póstumo, *Escritos Personales* (1992), dice: “Un elemental sentido de delicadeza me inducirá siempre a mantener esa labor en discreción, porque ella ha tenido motivaciones básicamente morales y no políticas, ni mucho menos publicitaria. Pero no deja de sorprenderme que quienes conocen mi invariable conducta sobre la materia y que incluso han recurrido a mí para que intercediera ante las autoridades en su favor o en el de algún familiar o amigo suyo, guarden silencio ante intentos absurdos –estos sí de móviles políticos y publicitarios– de atacarme como supuesto responsable *ideológico*, aunque indirecto, de quebrantos a los derechos humanos” (p. 137). Lo acusa de escribir una minuta a la Junta de Gobierno planteando “la conveniencia de mantener el empleo de la fuerza”. El documento en cuestión también soporta otro análisis: El empleo de la fuerza como búsqueda del orden en un clima de guerra civil, aun así la propia cita agrega: “solo exige que esta se ejerza con justicia y sin arbitrariedad” (p. 87).

Por último, debe aclararse que sus ideas respecto a la economía social de mercado le vienen más bien de Novak que de Hayek, como se afirma en la nota 38 de la página 379¹.

¹ No discuto que Guzmán conociera la obra de Hayek. De hecho, lo entrevisté en su visita a Chile. Sin embargo, sus ideas económicas liberales se dan por la participación en el Movimiento Gremial de la UC de alumnos provenientes de la Escuela de Economía, quienes hicieron frente común con los de la Escuela de Derecho durante la “toma” de 1967, primero, y la lucha contra la UP, después. Ahí se conocieron, intercambiaron ideas y permitieron a Guzmán darse cuenta que su defensa del principio de la subsidiariedad y la autonomía de los cuerpos intermedios era concordante con la defensa del “mercado” postulada por los Chicago boys. Pero no solo eso, si de buscar un autor se trata, y recurrimos tanto a su biblioteca particular como a sus sugerencias bibliográficas, es más bien Michael Novak y su libro *El espíritu del capitalismo democrático* el que permanentemente aparece. Incluso más, se sabe que Guzmán mandó a comprar una gran cantidad de estos ejemplares a fin de entregarlos para su lectura.

En este mismo ámbito de la derecha, nos parece importante consignar la ausencia de dos trabajos importantes: Tomás Moulian e Isabel Torres, *La reorganización de los partidos de derecha entre 1983 y 1988* (1988), y Cristián Garay, *Teoría política y carlismo en Chile. Osvaldo Lira SS.CC. y el hispanismo* (1993). Con todo, evidencia que aún falta un trabajo sistemático y analítico de la derecha durante el período 1970-1990.

El tema de la transición está bien tratado, aunque parcial. Una transición pacífica que cumple lo establecido, fijando su propio itinerario, el rol de los “blandos”, su lucha contra los “duros” y cómo desde comienzos de los 80 hay una pérdida de sustento del régimen y un fuerte movimiento social pro retorno de la democracia, pues de 1983 a 1987 se escuchó: “¡y va a caer... la dictadura va a caer!”, y cómo se creía que cada año “caía Pinochet”. Pero hay que mirar las protestas sin olvidar el terrorismo; el propio autor nos recuerda la internación de armas y el atentado a Pinochet. Resalta en este período el proceso de aprendizaje político –como lo denominó M.A. Garretón– al hecho por el cual la oposición canaliza el descontento económico en mayoría política y luego electoral, y la falta –legítima– de credibilidad que tenían respecto a que Pinochet respetaría el itinerario trazado.

Sin embargo, al insistir en que la democracia fue un efecto no buscado, especialmente por el equipo económico (p. 50), cae en un claro determinismo retrospectivo que él mismo condena; lo mismo ocurre con la terminología que utiliza respecto al plebiscito de 1988 (p. 500). Basta mirar el articulado transitorio para darse cuenta que todo está ahí.

Finalmente, más que Patricio Aylwin –como se señala entre las páginas 578 y 579–, fue Edgardo Boeninger quien plantea la alternativa de avanzar a la democracia usando la propia institucionalidad del régimen.

Son sugerentes los análisis de la naturaleza del régimen, su permanencia, institucionalización, participación de la elite, especialmente el relato que nos lleva por los cambios y decisiones del gobierno, mostrando al Pinochet político, las bases de legitimidad, regulación sucesoria, la retirada del poder y los amarres a la democracia. Entre estos últimos destaca otra afirmación no exenta de polémica: “No existen antecedentes que permitan sostener que el Gobierno hubiera preparado un plan destinado a desconocer el resultado del plebiscito en la eventualidad de que este fuera adverso al general Pinochet” (p. 601). Sergio Fernández ya lo había planteado en sus memorias. Sin embargo, fue el propio general Matthei quien sembró la duda en sus declaraciones el año 2000... quedamos a la espera de nuevos antecedentes.

En síntesis, el libro de Huneeus no es un libro condenatorio del régimen militar, es analítico y prima en él su carácter académico, y más allá de las críticas que se puedan hacer es un libro fundamental para quienes deseen aproximarse al pasado reciente. Supera la mera crónica y tiene la virtud no

solo de ordenar el material, sino que lo hace analíticamente, constituyendo un real aporte al conocimiento. De utilidad resultan los más de cuarenta cuadros y gráficos que se incluyen y la abundante bibliografía consultada. Hacen falta más monografías como estas, como así también que quienes hacen textos incorporen otras que no son tomadas en cuenta.

En los aspectos formales recomendamos para una segunda edición revisar la numeración de las notas, especialmente el capítulo X, donde seguramente la computadora jugó una mala pasada al editor al saltarse una nota y hacer que se arrastrara un error que queda en evidencia en la nota 40, que señala a Hernán Büchi como decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile entre 1955 y 1964, cuando se esta refiriendo a Luis Escobar Cerda, o las notas 48, 49 y 50 que pueden confundir al lector.

Muchos de los temas tratados no son ni siquiera del tiempo presente, sino historia de ayer y del día de hoy, y ciertamente como historiadores podemos estudiar estos temas. La cuestión es poner el énfasis más que en la bibliografía secundaria en las fuentes primarias, cuestión que no contradice la necesidad de más estudios, pues harán que se encuentren, divulguen y valoren estas últimas.

La historia, como saber acumulativo, se enriquece continuamente con los aportes de nuevas perspectivas, métodos e interrogantes de sucesivas generaciones. Privarla del acceso y de la perspectiva de la generación coetánea o más próxima es privarla de una problemática insustituible. De ahí que se reclama el derecho de cada generación a pensar su propia historia, no solo a hacerla, sino a escribirla, a plantear sus propias interrogantes y problemas a tiempos pretéritos y al propio tiempo en que vive. Los contemporáneos proponen y buscan en la historia respuestas a sus propias preguntas. Impedir a una generación escribir su propia historia es privar a la historia de las interrogantes de la generación que le dio vida. Sin duda que el historiador tradicional posee indudables ventajas y el historiador del tiempo reciente debe entender que su obra será efímera y estará sometida a la implacable crítica del tiempo y de las generaciones posteriores. Pero ¿qué historiador creará que su objeto de estudio ha revelado todos sus secretos? ¿Son las fuentes de la historia tradicional más confiables que las de la historia reciente? La memoria de los testigos y protagonistas, las fuentes orales, las vivencias del historiador y su sensibilidad, ¿no son tan útiles como el contenido de archivos? Lo que ocurre es que el enfoque histórico es inconfundible de la simple crónica, pues la historia se ocupa de identificar las causas de los acontecimientos y procesos en el acontecer temporal, y eso es lo que hace el historiador del presente. La perspectiva temporal: ¿es el tiempo padre y hacedor de la verdad histórica? El tiempo ahorra trabajo al historiador, pero no lo libera de sus valores o suposiciones. La intervención del sujeto, tanto

en el ámbito de la historia vivida –actor o testigo– como en la escritura de la historia –historiador de su propio tiempo–, pone de relieve un cierto carácter de subjetividad, tampoco ajeno a otras parcelas historiográficas o a otras ciencias sociales. Hobsbawm señaló: “A pesar de todos los problemas estructurales, es necesario escribir la historia del tiempo presente... no hay elección. Es preciso realizar las investigaciones en este campo con las mismas cautelas, y siguiendo los mismos criterios que para cualquier otro campo, aunque no sea más que para rescatar del olvido y, acaso, de la destrucción las fuentes que serán indispensables para los historiadores del tercer milenio”. Julio Aróstegui ha dicho que no es un proyecto de investigar o de enseñar el pasado, el presente, o el uno por el otro, sino de describir de un *modo histórico* los procesos sociales en los que nosotros mismos, y no nuestros antepasados, nos hallamos inmersos. Se busca una explicación del presente *históricamente*, es decir, explorando las raíces evolutivas de la realidad actual, y ello implica contar con historiadores con un amplio dominio de los métodos de las ciencias sociales.

En fin, la historia reciente o del tiempo presente existe en todas las épocas. Como *coetaneidad* no se enmarca en un espacio cronológico ni es el final de nuestra contemporaneidad ni se interesa exclusivamente en la actualidad, sino que en el tiempo histórico, en el cual lo presente no es lo periódicamente actual, sino el fundamento profundo, la razón de lo actual, su perspectiva y su carácter acumulativo. Con todo, es un concepto en construcción que expresa la situación de una historia también en construcción.

ANGEL M. SOTO GAMBOA

ARIEL PERALTA. *El mito de Chile*. Santiago, Editorial Bogante, 1999, 250 págs.

Los últimos escritos acerca de Chile abundan en temas determinados por la contingencia; modernización del Estado, el caso Pinochet y las secuelas de su “secuestro” en Londres, las variadas formas que puede asumir la corrupción, la constante denuncia de los crímenes perpetrados por los organismos de seguridad del régimen militar o los problemas que continúa enfrentando nuestra transición hacia una plena democracia, tan necesaria como dificultosa y lenta sin la participación de su soslayado destinatario: el pueblo ciudadano.

En este marco carente de protagonismo colectivo, tan diferente de aquella etapa de comienzos de los ochenta, en esta etapa recesiva de la actividad

política masiva, los vinculantes entre el mundo de las ideas y una masa que sufre de la privatización hasta de sus propios proyectos de vida, de su fe en sí y para sí, en una avasallante campeada cibernética, son en su mayoría animadores radiales y comentaristas deportivos los que como taumaturgos se apropian de la fe de las personas y combinan sus exégesis con una tendencia a abarcar todos los temas, desde lo público hasta la esfera de los más privados, inspirados por un supuesto sentido común, esa “filosofía de los no filósofos, ese folclore de la filosofía” en el decir de Gramsci, tan escaso como voluble entre nosotros.

En este ambiente, con una ciudadanía de bajo perfil, en que toda una fauna de politólogos y “politiqueros” cesantes –menos conocidos que los futbolólogos– ocupa espacios reservados a ellos con una pasmosa falta de talento para un debate interesante y creíble, donde queda en evidencia que son los epígonos de una modernidad tan ahistórica como carente de conocimientos, pasión y audacia, resulta reconfortante que al amparo de Ediciones Bogavante reinicie su bogar por derroteros conocidos y míticos, una prosa valiente, riquísima de contenidos, provocativa, y por lo mismo, rara en nuestro medio intelectual, tan propenso a la obnubilante autoadulación mitológica. “El Mito de Chile” reaparece en los momentos en que se erosiona aquella imagen simpática y distante que proyectáramos hasta fines del segundo tercio del siglo, la de un bucólico país ... “estriado hacia el Pacífico, con perfil de cara a la esperanza, cuya gente andaba sin apuro, forcejeándole al sol cada mañana... un hermano nuevo, original y hermoso, una costa infinita de este lado del mundo y un motivo de lucha de este lado del triunfo” en tiernas y dolidas palabras del poeta argentino Eduardo Mazo.

¿En qué consistiría la erosión de esa imagen idealizada de la hora presente? ¿Cuál es el perfil humano que exporta un país interesadamente calificado como exitoso? El de una altanera fanfarronería, autorreferida por cierto, que nos hace bastante menos dulce y dotado de las inocentes virtudes que Bolívar nos asignara en su descripción jamaicana. Por el contrario, el chileno de hoy que visita otros países cree sabérselas todas; “no degusta, compara y emite juicios en voz alta y dice que los tomates y las uvas de Brasil no son tan ricas como las de Chile”. Tenemos esa arrogancia del rutinario, al decir de Tancredo Pinochet¹, una vacua vanidad de nuevos ricos, porque si de comparaciones se trata y esto no es nuevo sino una acentuación de procedencia empresarial, hasta uno de nuestros marginados pobladores sin casa se cree superior a cualquier habitante de Bolivia, Perú o el Ecuador.

¹ *La Conquista de Chile en el siglo XX*

Nuestros políticos, con excepciones que confirman la regla general, no lucen como antaño su prosapia, no abundan entre ellos los ensayistas como en el pasado reciente, ni hacen gala de elocuencia oratoria y hasta su humor es acartonado y falso, no resultando raro sino muy normal el verlos mezclados con toda la “pléyade” de entretenedores como fotógrafos, diseñadores, peluqueros, decoradores, actores, futbolistas, empresarios, modistos y mujeres tan bellas como estultas, en reuniones sociales muy bien preparadas y que la siutiquería ha rebautizado como “eventos”, en donde la inauguración de una muestra artística solo es el pretexto de estas gentes para mostrarse con desparpajo, ya que de escultura, pintura, cine, poesía, teatro clásico, tendencias vanguardistas o instalaciones tienen un conocimiento precario o nulo, y sin embargo relegan al artista, es decir al creador y su obra a un segundo plano. Confirmación de lo descrito lo constituye el hecho de que cuando no hay publicidad, pueden verse palcos oficiales y primeras filas de nuestros teatros vacías de ese público “marketinero” como lo ha denominado el vulgo, y en buena hora, porque así facilitan a los espectadores cultos poner atención a lo sustantivo.

¿Cuánto hay de novedad y cuánto de acentuación en estas conductas sociales avaladas por una tendencia trepadora e imitativa? ¿Qué actores sociales podrían constituirse en reserva moral para que esto cambie, si es que existen condiciones en lo mediato? Son estas, interrogantes acuciantes, pero posibles de resolver a partir de un diagnóstico difícil de levantar y compartir. Solo podremos ser, a partir del conocimiento certero de lo que somos, de nuestra real valía, y a ello “El Mito de Chile” contribuye como muy pocas obras de nuestro dispensario cultural de ideas.

Casi tres décadas han transcurrido desde que al escribir “El Mito”, Peralta nos descubriera el Chile mitológico y develara un conjunto de esencias amargas al hacer añicos los velos de apariencias, las actitudes impostadas en los comportamientos institucionales o sociales, recibiendo como respuesta el distanciamiento de quienes experimentaban sus opiniones como un aguijón en lo más sagrado, un grito disonante para oídos habituados a la misma musiquilla asordada del halago, aquella que genera el coro de los medrosos y genuflexos.

A lo largo de cuatro siglos y medio se han moldeados los sentimientos de los chilenos en torno a una imagen del país, de una manera tal que el chileno medio, de izquierda o derecha no abandonará fácilmente. Así, una obra ofrecida generosamente a las nuevas generaciones fue desmerecida por quienes constituían la *intelligentzia* de izquierda y odiada por la derecha de siempre, por el carácter antiligárquico del libro porque dejaba en evidencias relaciones propias de un alma nacional enfeudada, hasta entre quienes optaban por posturas “progresistas”. “El Mito” es desagradable para un con-

glomerado social que experimenta esa degeneración del buen nacionalismo que es el patrioterismo, enfermedad sicopática que ve en todo crítico analítico un peligroso enemigo en un país con chauvinismo de cuartel, repleto de conmemoraciones bélicas inoculadas desde la infancia como ritos sagrados, y que alimentan sentimientos xenófobos hacia nuestros países vecinos, dificultando los esfuerzos integracionistas y una correcta comprensión del pasado histórico.

La asimilación de un correlato caricaturesco y deformante, acríptico y agresivo hacen que nuestra *petit histoire* estimule al rechazo de una obra extraña en un país que recela de la crítica, ejercida libremente como discurso antisistema. La calidad de la prosa, como la profundidad de su contenido hicieron del libro de Ariel Peralta un producto no apto para las tareas inmediatas y más urgentes, un desiderátum intelectual inconciliable con la acción de los publicistas de ese ayer como de hoy, efímeros en su utilidad contingente.

Con todo ese derrotero, con censura nacional y autocensura editorial este bogavante literario vuelve por sus fueros a reencendernos el intelecto, a conmovernos con la relectura de sus capítulos, verdaderos escorzos trazados con maestría sintética que traducen el drama psíquico-cultural de un país en eterna reconstrucción, suma de anhelos y visiones heterogéneas y yuxtapuestas más que una concreción nacional. Vuelve “El Mito” para ofrecerse a los desencantados que con estoicismo buscan por debajo del relumbrón una luz más tenue pero permanente para un juicio desalienante. Por todo ello sostenemos que “El Mito” es una obra que no acaba en sí, que no aplaca el hambre de saber, sino lo estimula a confrontar y buscar otras respuestas; parafraseando al París del 68, diríamos que “El Mito” no es el pan sino que contiene la levadura para quienes anhelan otro porvenir.

Aunque la presente reedición contempla el agregado de dos capítulos finales de factura reciente, “Modernidad y Postmodernidad del Chile de hoy” y “Chile, una épica inconclusa”, más un prólogo que ilustra parte de sus vicisitudes, esta obra continúa, a pesar de sus treinta años, y para sorpresa de su autor, plenamente vigente en sus aseveraciones por lo que creemos, debiera considerarse como un clásico de nuestra literatura ensayística y en referente ineludible para el diagnóstico de Chile ante el cercano bicentenario de nuestra independencia, hermanándolo al juicio valiente que hicieron hace casi cien años Francisco Antonio Encina, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet, Nicolás Palacios o Luis Emilio Recabarren, notables ensayistas que constituyen la Generación del Centenario.

De los capítulos del libro original que en su conjunto no ofrecen ningún cambio de contenido, y uno que otro retoque formal o la actualización de los ejemplos cuando es necesario, es especialmente interesante el desti-

nado a los grupos sociales, destacable además por ser el más extenso de todo el libro; comienza con un epígrafe de Sartre y coincidente más con un análisis del resentimiento que con la proyección histórica en el accionar de una conciencia de clase conocedora de su origen y sus características, y lo que debe hacer en el escenario económico, social y político para modificar su existencia². De allí ciertas descripciones muy certeras como también ciertas opiniones que, con acento rotundo no logran ser suficientemente asertivas en un tema que reconocemos como apasionante y complejo.

El resentido social, aún consciente de su condicionamiento o de su fatal acondicionamiento que lo estanca socialmente, puede en momentos actuar con rebeldía contra algo que le recuerda su precaria situación, pero no pasa del exabrupto porque carece del “por qué” luchar como una meta que requiere de un esfuerzo constante colectivo y organizado. Ningún buen programa ni cuerpo teórico por coherente y científico que sea en sus propósitos de redención social tiene garantizado el triunfo, sino muchas veces la gloriosa derrota que lo hace memorable, un eslabón de muchos en esta crocheana “hazaña de la libertad”.

Dice el párrafo de Sartre con que comienza el capítulo que: “La conciencia de clase aparece cuando se empieza a entender que no se puede salir de una clase para entrar en otra”, y en las primeras líneas nuestro ensayista señala que hay una “verdadera nebulosa que rodea a la pirámide social” y que “los valores se disgregan no ya desde una cabeza invisible, sino de sectores de pensamiento con ubicuidad soterrada” lo que hace que dicho análisis aparezca “como una hidra de múltiples tonalidades”³.

Afirma que “la sociedad chilena se presenta como un cuerpo desmembrado con latidos disímiles... en respiradero único y vital, en la secuencia imprevista del acto creador definitivo”. Ciertamente un escepticismo en el sentido filosófico supera el simple resentimiento y cuidándose del optimismo dogmatizante de quienes levantan imágenes tan idílicas como depuradas y deformadas del país, hurga en lo aparente y las muestra en toda su precariedad. Así nos señala con notable precisión que observándose “con atención la movilidad del resentimiento en Chile (se) advertirá que hay como un flujo y reflujo de enfrentamiento ideológico, en eterno nacimiento de doctrinas originales o de importación en su gran mayoría, que sollaman la pasión de

² George Gurtvitch en su “Teoría de las Clases sociales” señala que solo puede entenderse con sus componentes económicos sociales y psicológicos como una conciencia colectiva, es decir, como una interpenetración parcial de las conciencias individuales.

³ *El mito de Chile*, 101.

distintas generaciones pero que nunca han logrado destruir la base de lo establecido... ni los grupos medios ni el sector de los trabajadores, han logrado arraigar en la realidad político social la perspectiva de renovación. Carentes unos de cierta tradición en lo ideológico y de fuerza compresora los otros, hacen que Chile se mantenga como en un aparejamiento sectorial, es decir, en coexistencia de poder a través de la pirámide socioeconómica. Los trabajadores dominan desde su base organizativa sindical; los grupos medios el ámbito de la burocracia estatal y particular y las minorías plutocráticas el mundo visible e invisible de las finanzas”⁴.

Luego afirma que “somos iconoclastas” casi por instinto generacional; de ahí también el perdón tácito de las “altas esferas” frente a una actitud que en su propia juventud sintieron. Así, la “acción desalmada” es entendida casi como una etapa inevitable y superable de nuestra naturaleza social, tan solo un vértigo dentro de una verticalidad muy estructurada en una sociedad con el alma enfeudada. A este respecto cabe señalar que esta particular y poco digna característica social ya era evidente para muchos observadores de nuestras señas al momento de producirse el proceso emancipador. “Chile adolecía de esta fiebre del fanatismo y de la habitual de la servidumbre, sostenidas por las preocupaciones que engendró el sistema bárbaro en que nacimos”, dice en carta fechada en 1817 y escrita en Jamaica el canónico José Cortés Madariaga. Un año antes en las instrucciones de Martín de Pueyrredón al General San Martín al momento de organizar el Ejército de los Andes se lee: “El sistema colonial observado por los españoles en Chile desde la Conquista ha sido en gran parte diverso del que se nota en las demás provincias meridionales. El feudalismo ha prevalecido casi en todo su vigor y el ínfimo pueblo ha sufrido el peso de una nobleza engreída y de la opulencia reducida a una clase poco numerosa del reino”⁵.

De este constituyente psicosocial tan arraigado se desprende que todas nuestras transiciones hacia estadios superiores de convivencia social y política, incluida la actual, deban avanzar con cautela por los meandros menos caudalosos, sin saltarse ninguno, dando pruebas evidentes de buena fe y arrepentimiento en el suavizamiento de aquellos arrebatos más ardientes de un pasado político reciente.

Concluirá esta transición como las anteriores con el reacomodo institucional de numerosos actores del drama, reconciliados como unos verdaderos caballeros de la política. “Siempre ha sido así” dice la sentencia popular y es como una lápida que clausura por un tiempo, los espacios más significati-

⁴ *Idem.* 103.

⁵ Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, 93.

vos de redención social, en un sistema que al sacrificio heroico ofrece como alternativa, siempre, la claudicación.

El recuerdo de las brutalidades refuerza en el pueblo esa tendencia garante de la paz social, la de ser guiados sin la noción esclarecedora del sujeto a objeto de la historia... en una sociedad infantilizada. Así hemos proyectado tan secular impresión de maquiavélica flexibilidad, capaz de absorber hasta los detractores más radicales del sistema.

Solo en este país de “inocentes virtudes”, al decir de Bolívar⁶ podría concebirse la suprema ingenuidad de los heterodoxos del pensamiento socialista, de programar una transición incruenta del capitalismo hacia una república democrática de trabajadores de la mano del mismo Estado... Otra más de esas ensoñaciones redentoras, ilusiones que forja nuestra extendida “ingenuidad creyente” como la llama Peralta, porque un análisis correcto de nuestra realidad histórica debería tener presente la fría, lógica y despectiva sentencia de quienes lograron el triunfo al destruir el proceso nacionalista del Presidente Balmaceda, expresada en los términos de Eduardo Matte en 1892... “los dueños de Chile somos nosotros mismos, los dueños del capital y del suelo, el resto son las masas que pueden ser influidas y vendidas, ellas no cuentan como opinión y prestigio”⁷.

Pasado cierto tiempo de cicatrización de las heridas, “los héroes con aureolas de mártires”, les son entregados a la masa en forma pasteurizada y dosificada por la historia oficial, esa que recoge el discurso justificatorio de los victimarios, siempre del lado de la legalidad, consensuado con el *mea culpa* del sobreviviente del holocausto. Esta versión impuesta intrasistema desplaza por las conveniencias del reacomodo, al análisis del contexto, de modo que se ofrece a todos un conjunto de exterioridades tan digeribles como la honradez y la patriótica valentía de políticos que más allá de sus posibles buenas intenciones, cometieron errores que apresuraron su propio fin por fanatismo, por la obcecación de no negociar una salida institucional a tiempo o porque no se rodearon de la gente adecuada. De esta forma figuras emblemáticas como Balmaceda o Allende dejan de representar en nuestra historiografía escolar el enfrentamiento entre un nacionalismo progresista y las zarpas del imperialismo británico o norteamericano y sus aliados nativos, para dar paso a la entrega de esos hombres de un ideario personal deshecho con su desaparición. Un fetichismo agostante de las verdaderas dimensiones del drama histórico, orienta hacia la individualidad y no a las posibilidades de cambio que los personajes representaron ideológicamente.

⁶ “Carta de Jamaica”

⁷ Frases citadas por el autor en 105.

En la disección misma de nuestros segmentos sociales nuestro autor, junto a la descripción de sus procedencias genealógicas, en lo que no hay gran novedad como tampoco en las características en los que concentran la riqueza en un libro antioligárquico, se detiene especialmente en las metamorfosis de “la clase media” a la que define como “dependiente intermedia-ria del poder tradicional, timorata para esclarecer su función definitiva”, en que los subsectores que la conforman “toman partido solo en aquellos instantes de una notoria quiebra del sistema”. No arriesgan, se arriman al poder, reconocen jefes y todos aspiran a serlo así sea en periféricas parcelitas desechables por quienes sí detentan el de tomar las decisiones más gruesas. Situados entre los que lo poseen todo y los desposeídos, los grupos intermedios son el mejor caldo de cultivo para todas las variantes del populismo, siendo tentados al de corte autoritario porque la dádiva que de él emana en su paternalismo feudal y vertical, satisface la sed de justicia social que late en ellos y les calma de los asedios de una posible opción revolucionaria para la cual son absolutamente ineptos. Indigentes mentales incapaces de exasperación, legalistas, rutinarios, acomodaticios, orientados hacia un *laissez faire* son creyentes por herencias y liberales por moda, pura pose y aunque el partido político que más se haya disputado su representación se llame radical, “la clase media” jamás será radical en nada, solo el amortiguador de la lucha más definida entre las antípodas de toda sociedad.

En cuanto a los pobres y marginales, Peralta cita a Guillermo Feliú Cruz quien, con un dejo de desprecio dice que: “la historia de Chile a diferencia de cualquier otra historia carece de pueblo, porque a este no lo anima ningún otro sentimiento que no sea el de la servidumbre”. Luego, reconociendo momentos de la lucha social señala que la mayoría de las veces el pueblo es más un energético que un conductor, que experimenta tan solo “exabruptos subitáneos”, que no posee “un destino común, una corporeidad ascendente, lineal y unificada; sería en la conceptualización marxista una clase en sí y no para sí ... “un elemento de presión disperso, inconexo aun para editar políticas definitorias” y luego para reforzar sus conclusiones cita a Aníbal Pinto quien señala que el proletariado... “Ha aparecido lo bastante fuerte como para desviar a otros de su camino, pero es demasiado débil como para encauzar el proceso por la ruta propia, por lo demás borrosamente definida, salvo en el plano de las necesidades más evidentes y específicas”⁸.

⁸ *El mito de Chile*, 137.

Los fragmentos expuestos situarían al propio Peralta en el bando de los desesperanzados (no hay, sabemos, escritores inocentes o ensayistas neutrales) y no podríamos esperar de un escéptico conocedor de su país un rebosante optimismo, pero la desesperanza, insistamos, también nubla o deforma la perspectiva, de allí que su análisis padezca de inevitables contradicciones puesto que a la par que cita como ejemplo de subordinación social la actitud campesina de esperar de pie y silenciosamente a que el homenajead consuma la merienda preparada por ellos (este es Darwin), señala en otra parte la fugaz “posibilidad de considerarse dueño de sí mismo” por parte del hombre de nuestros campos, más impulsivo y apasionado gracias a su “no contaminación urbana de su invernadero de siglos”, a diferencia del hombre fabril detenido en la corporación institucionalizada del sindicato o sencillamente ausente en un individualismo estéril que anhela el “progreso” en la gota del salario y en la aquiescencia del empleador.

Señala luego que la plutocracia nacional hizo toda una apología interesada de las buenas condiciones de nuestro pueblo hasta el instante que “la espontaneidad social empujó a ese mismo pueblo, si no a metas de dirección, a enfrentar al explotador descubierto”... “La sublevación era el desconocimiento de la paternidad honesta...”

Es necesario recalcar a esta parte del comentario crítico que los obreros del salitre, esos “espontaneístas”, que al igual que los mineros del carbón se agruparon en torno a la FOCh, y las mutuales eran de origen campesino, de modo que la muda en el oficio no alteró en ellos la condición de sufrientes expoliados ni las básicas nociones de su humanidad irredenta, así las zonas mineras como las agrícolas experimentarán la represión sistemática como antídoto contra la rebeldía creciente a lo largo de medio siglo y el sindicato, antes de su manipulada y politiquera intervención burocratizante, fue catalizador y catapulta de sus demandas. La impresionante brutalidad de la represión fue, entre fines del siglo diecinueve y los primeros cincuenta años del veinte, proporcional al peligro, al menos desestabilizante, que la organización de los trabajadores podía generar a nuestro modo de producción subdesarrollado y dependiente.

El fermento de rebeldía puede no ser ciencia pero es genuino en Chile, en la Argentina pre y postperonista o en el Perú pre y postgenerales “progresistas” y su acción rompe con el carácter señorial de las relaciones sociales heredadas y obliga a los estados aunque sea a una ligera legislación antes inexistente.

En cuanto a la incuestionada tendencia a la servidumbre acuñada en los campos (la mayor parte de los obreros urbanos tiene su origen en la migración campo-ciudad) y sentado que siempre hay excepciones o particularidades que no alteran la expresión general, es notable el hecho de que el mismo

escenario de la “pacificación de la Araucanía”, sea el de la más agitada violencia, reprimida cincuenta años después en la segunda administración de Arturo Alessandri, haciendo imborrable el nombre de Ranquil.

Sin desmerecer los numerosos aciertos del libro y de este capítulo en particular, habría que insistir en que siendo uno de los más apasionantes es de los menos definitivos. Recordemos a Lucien Febvre: “las cosas no son tan simples y evitemos planear desde muy alto porque abajo está la verdad”. Omar Torrijos⁹ decía, que “Solo en los libros se hacen las revoluciones en línea recta y en cómodas autopistas”. En ellos también se clasifican y descalifican los procesos sociales; el proletariado inglés, el francés, el alemán o el norteamericano, con mayores perfiles, proyección y experiencia histórica e ideológica, tampoco coronaron sus luchas con el éxito obteniendo parciales reivindicaciones que no suplantaron al sistema.

Convengamos también en que aquella conquista parcial llamada democratización del Estado, trajo tras el período más heroico o romántico de la lucha social, un acomodo al *status* imperante que devino a lo largo de medio siglo, en la incorporación burocratizante de los núcleos ayer disfuncionales vía legislación o vía incorporación a la democracia parlamentaria, al medrar bajo el alero corruptor del “padre” Estado, ahora benefactor y garante dosificador del bienestar social.

A la degeneración de las organizaciones populares, incluidas las juveniles o poblacionales, contribuyó la transversal tendencia imitativa que estimula en estos últimos decenios al desarrollo de una espiral de arribismo, que acentúa la inautenticidad como un mal nacional y desaloja de los sectores desposeídos a través del consumismo, ese fervor rebelde, que fuera la más notoria impronta del roto, ese “comunista atávico” en la opinión de Vicuña Fuentes. De ese magma aflora en ocasiones una violencia inconducente e instintiva provocada por la existencia de “lo otro”, lo inasible “como un desgarramiento de infecundidad interior depositada de súbito en el arranque libertario del yo ultrajado, en un joven obrero frustrado en su proyección potencial o en la torva “barra brava” religión del lumpen... Violencia de patochadas surgidas de un venero de insatisfacciones¹⁰.

En el penúltimo capítulo y primero de los agregados en esta reedición (“Modernidad y posmodernidad en el Chile de hoy”), Peralta, sin perder rigor ni objetividad, despolariza la discusión acerca de la modernidad, con

⁹ General panameño.

¹⁰ *El mito de Chile*, 146.

un enfoque tan histórico como necesario, en un campo crítico para los iniciados en las tendencias más modernas de la sociología, la semiótica o la teoría comunicacional. Reconoce el fenómeno como una inducción generada en “los centros de poder económico y político a escala planetaria”, lo que hace de la modernidad algo reflejo, confuso, y por ello sin una verdadera asimilación, lo que no justifica su rechazo sin más, en nombre de un nacionalismo identitario *a outrance*, que pudiera confundirse con un conservadurismo propio de mentalidades oligárquicas de viejo cuño, como la de esos señores de “horca y cuchillo” que dominando nuestra escena política postindependentista, conservaron casi intactas en más de un siglo y medio las estructuras económicas y sociales de su entorno inmediato, a contrapelo de su paulatino alejamiento del ejercicio gubernamental, mas no de su influencia indirecta. Esos mismos sectores retardatarios de cualquier forma de modernidad y progreso social en los campos tecnológicos y educativos, truncan la modernización de un Bal-maceda, inaugurando sin embargo la tendencia imitativa europeizante y el consumo de lo superfluo, mas no la inventiva creadora de las viejas civilizaciones.

Los abordajes a la modernidad o los más absurdos sobre una más extraña posmodernidad, tienen en sociedades económicamente dependientes como la nuestra, el sabor de lo impostado y se resuelve en el pináculo de nuestra provinciana sociedad, entre imitadores al día e imitadores retrasados, entre privatizadores ortodoxos del credo neoliberal y quienes, estigmatizando las políticas de asistencialidad estatal como “socializantes”, recurren por los efectos de su retraso de un mercado mundial inmanejable, al mismo Estado como única solución protectora ante lo que califican como “competencias desleales”, como si un mínimo conocimiento de la historia mundial no demostrara palmariamente que no existe lealtad del fuerte hacia el débil, del imperio a la periferia que lo nutre, y se desnubre echando, inútilmente, mano a los desechos obsolescentes de un mundo que recurre en cambio en forma heterodoxa a todo su propio arsenal histórico de experiencias.

Asistimos, bajo el mañido eslogan de “la aldea global” a las sistemáticas desintegraciones de lo nacional por parte de una transnacionalización del capitalismo, moderna forma supranacional y supraestatal del imperialismo en su fase más efectiva y encubierta. Bajo este enjambre de apariencias impostadas ¿qué permanece como identitario? Tal vez el verticalismo de nuestras relaciones sociales como columna vertebral de nuestra estructura societaria; una inconfesable relación de vasallaje que reconoce en el poder un ordenador natural de la vida. Dice Ariel Peralta que la “tecnomodernidad no ha redundado en un cambio de vida ostensible para las grandes mayorías

de Chile”, sino apenas ha “constituido un ejercicio de muda paciencia en medio de una orfandad social y espiritual. Las viejas lavanderas golpeaban con tablas las ropas de “los otros” en las orillas de esteros o canales; hoy pueden hacerlo con lavadoras eléctricas en el recinto propio o ajeno, pero la obsecuencia reverencial continúa intacta, como si un manto de irreflexión cobijara la inmutabilidad del tiempo¹¹”.

El país, ciertamente ha experimentado cambios, no podía esperarse menos de un tercio de siglo entre dolores y esperanzas; nosotros tampoco somos los mismos, aunque los ideales, valores, sentimientos y sueños de una profunda transformación sociocultural por los que entonces valía vivir y hasta morir continúen, a su modo, habitándonos, aunque no estén de moda. Sin embargo, este constatar no resta significación a un libro que apuntara, por mucho tiempo, a develar esencias por sobre las superficialidades deformantes que constituyen nuestras apariencias. Permítaseme, entonces, subrayar del epílogo original de 1971, algunas de esas “palabras posteriores y necesarias” con que nuestro autor concluía su obra mayor:

“Este libro ha querido ser la presentación de un testimonio vaciado en un molde que, no por ser desesperanzado en muchos aspectos, cobijaba la ilusión de un renacer... y si las líneas precedentes han conformado una visión más centrada en el querer apasionado que en la frialdad del diagnóstico, ello reafirma la posibilidad creadora de un país que hoy, más que en otro momento, tiene la posibilidad de reencontrarse consigo mismo... Estamos entre la frustración y la historia, en el desafío más notable que podía deparárenos; el celo dubitativo que siempre nos ha acompañado al observar la gestión de los gobernantes debe transformarse en la acción uniformadora de todos los que sentimos a la patria como un haz inalienable, sin el interés lucrativo del destino individual. Solo con esa perspectiva, y teniendo además un vigía de hierro en nuestro interior, ninguna alborada se resistirá para llegar al encuentro de un Chile definitivo”.

JOSÉ MIGUEL NEIRA CISTERNAS

¹¹ *El mito de Chile*, 172.

ANA MARÍA STUVEN V. *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2000, 316 págs.

Si se tiene presente que hacia 1870 la población total de Chile alcanzaba a poco más de un millón novecientas cincuenta mil personas, que ese mismo año los inscritos en el registro electoral eran poco más de 43.000 ciudadanos y que los votantes en las elecciones parlamentarias realizadas ese año fueron 30.632, y si además se tiene presente que en el mismo año 1870 las personas que sabían leer y escribir eran poco más de 340 mil, es decir, el 17,6% de la población del país, podrá recién aquilatarse de qué tipo de elite se trata y de cuántas personas se habla cuando se alude a la elite chilena de la primera mitad del siglo XIX.

Pues bien, a esa elite, y a sus querellas internas en materias políticas y culturales, está dedicado este riguroso estudio de historia de las ideas. Su afirmación central es que “La clase dirigente era un grupo esencialmente conservador, abierto a un cambio que se percibía como inevitable, y al cual había que conducir a fin de no alterar el rumbo trazado y la estructura de poder consolidada por la misma elite” (p. 20). Tres tipos de elementos es posible distinguir como aquellos que son, a la vez, el acervo cultural que se reconoce como propio, y el objeto de “la polémica como medio articulador del disenso posible”. Se trata de los valores religiosos, éticos e históricos, los valores político-sociales, y el espíritu de la época.

El trabajo está dividido en tres partes.

En la primera se explicitan los elementos del consenso social que operan como sustrato de continuidad y cambio. Esos consensos dicen relación en primer lugar con el orden social que debe existir en una sociedad que transita desde el principio de la legitimidad monárquica a la legitimidad republicana y democrática, y a su necesaria traducción institucional. “Para comprender los primeros puntos de inflexión del concepto de orden, es fundamental insistir en que incluso los sectores más conservadores de la clase dirigente chilena se encontraban inmersos en un mundo de definiciones ideológicas fundamentalmente liberales...”, pero la conciencia colectiva de esa clase dirigente, paradójicamente, “...se entroncaba con una percepción, muy conservadora, de que existía un “orden natural de las cosas” y que todo cambio, aceptado en el plano intelectual, debía graduarse en función de ese ‘orden’” (p. 42). En segundo lugar, se trata del consenso en torno a la religiosidad católica como la expresión de la fe común de una sociedad unida. “Chile era un país católico y el Estado así lo reconocía”; es más, “El Chile oficial y las expresiones públicas de los miembros de la clase dirigente daban testimonio de su fe católica” (p. 54-55).

A continuación se presenta a los actores implicados en el asunto y el contexto en que su acción tiene lugar: la clase dirigente que “no necesitó imponer su autoridad frente a grupos rivales. Era el grupo llamado naturalmente a gobernar...” (p. 61) y dentro de ella se trata fundamentalmente de aquellas personas que integran lo que se ha dado en llamar la generación de 1842: Bello, Lastarria, Bilbao, Pedro Félix Vicuña entre otros; el grupo de argentinos que se acercó en Chile por esos mismos años huyendo precisamente de la “falta de consenso” de la elite de su país entre los que se cuentan Sarmiento, Fidel López y Alberdi, y de la voz de la Iglesia expresada especialmente por el Arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso.

Enseguida, la autora se detiene en las polémicas que tienen lugar en la primera parte de la década del 40. Por de pronto la discusión casi por sí misma. En palabras de Sarmiento “¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización, en que así se batan las ideas como las preocupaciones...”. Pero también en torno a las ideas relevantes. El tema de progreso: “Describir la manifestación de esta noción de un cambio inevitable y de un presente en transición, es decir, en movimiento, es fundamental para comprender el sustrato de legitimidad y la necesidad de la polémica. Esta visión, predominante al interior de la clase dirigente chilena a comienzos del siglo XIX, es la única capaz de explicar por qué, por una parte, se crea el espacio para polemizar sobre la apertura hacia el cambio, y, al mismo tiempo, se ponen límites para asegurar que este no tenga consecuencias sobre el cuerpo social ni la estructura de poder” (p. 112). También el tema de la educación, que “Debe ser la tarea prioritaria de Estado y la meta social más importante en la medida que permitirá que las incertidumbres propias de un ideario nuevo y poco consolidado no se tengan que expresar necesariamente en una desestabilización social” (p. 119). Los contradictores en torno a estos temas se agrupan en el Instituto Nacional y en la recientemente fundada Universidad de Chile, por un lado, y en las páginas de la Revista Católica, por otro, aun cuando no se trata necesariamente de trincheras definidas o excluyentes.

Y por último, se nos presentan los desafíos al consenso y su correlato: el temor a desorden social que la autora sitúa de preferencia en la segunda mitad de la década de 1840. Se trata de explicitar los elementos que “empezaron a minar ese consenso, sustento sobre el cual se apoyaba el espíritu de optimismo y confianza de la clase dirigente chilena” (p. 129). Asimismo, las relaciones entre la Iglesia y el Estado que experimentan una tensión creciente a partir de 1843 y que se profundiza con la dictación de la Ley de Régimen Interior que “dejaba a los curas párrocos sujetos a la autoridad del intendente provincial, y de un decreto de marzo de 1845 que prohibía la profesión de votos monásticos antes de los 25 años de edad...”, lo cual dio paso a “una serie de polémicas que demuestran la polarización de la discu-

sión entre dos bandos crecientemente irreconciliables” (p. 132). También, las reformas institucionales que se convirtieron en la demanda permanente de la oposición al gobierno. Finalmente la influencia de la revolución de 1848 que “tuvo profundas consecuencias en Chile... legitimó un discurso republicano democrático que ya afloraba como bandera de oposición. La constante interpelación que esta hacía al pueblo como depositario de la soberanía popular, su discurso reformista institucional y la importancia creciente que asumieron las doctrinas del liberalismo democrático... recibieron un certificado de legitimidad de parte de sus mentores franceses” (p. 149).

Todo lo anterior polarizó la discusión entre los partidarios del orden que llegaron a crear, en 1845 la “Sociedad del Orden” y que vincularon la noción de orden con la de autoridad y “los nuevos liberales que habían salido del espectro consensual para convertirse en oposición real”. En fin, “La década de 1840 llegó a su fin marcada por la manifestación de visiones del mundo divergentes de las que tradicionalmente había sostenido la clase dirigente chilena... hasta culminar en la Revolución que sufre el país en 1851” (p. 158).

La segunda parte del libro está dedicada a las polémicas que la elite es capaz de sostener no obstante los marcos del consenso. Una primera querrela se entabla respecto a la ortografía y al uso del lenguaje. Ella se ligaba directamente con la función educacional del Estado, que había sido asumida institucionalmente en la década de 1840. Samiento presentó a la Universidad una *Memoria sobre Ortografía Americana* que constituía la “culminación de su reflexión sobre el tema... (y) parte con una denuncia de la imposición de reglas “tiránicas” del idioma en España, las cuales alcanzaron su clímax, a su juicio, con la Inquisición, que impone de vuelta al latín como lengua docta y el fin de todo pensamiento racional” (p. 186). El pronunciamiento de la Facultad de Humanidades fue muy prudente: “cree que la reforma ortográfica debe hacerse por mejoras sucesivas”, lo cual significó en la práctica la mantención de dos ortografías simultáneas.

Otra polémica se desató a propósito de la literatura y el movimiento romántico en general y “tuvo como sustrato el punto de vista común a toda la elite en torno a la concepción utilitaria de la cultura. Surgió, en realidad, por la lectura del contenido sociopolítico del texto romántico más que por un problema de crítica literaria” (p. 200), y constituye una “polémica al interior de un consenso, que reflejó muy bien los problemas de gradualidad en el cambio, de democratización de la sociedad, y de tensión por la influencia de la cultura en la conformación de nuevas estructuras de poder” (p. 207).

Una tercera discusión se produce a propósito de la disciplina histórica y de la investigación de la historia patria. La autora muestra “el proceso de validación de la disciplina histórica en la cultura chilena, incluso más allá

del ámbito académico como parte constitutiva del proceso de creación de la identidad nacional, y como instrumento de poder, en la medida en que la recreación del pasado explicaba el presente y servía de argumento para la creación del futuro” (p. 222). Para ello analiza los trabajos de Lastarria y las polémicas que desataron y su incidencia en los valores que sustentaba la clase dirigente.

Una última polémica se sitúa en el límite de lo tolerable y termina en escándalo. Ella está ligada a la publicación de “Sociabilidad Chilena”, de Francisco Bilbao, uno de los protagonistas principales de todo el período. Es el “responsable de que se pusiera a prueba el espíritu de tolerancia inaugurado pocos años antes, y que la elite chilena desplegara todos sus recursos en la defensa de los valores que sustentaban su poder” (p. 251). Sus ideas fueron recibidas como revolucionarias por “casi todo el mundo” intelectual del país, y el autor fue enjuiciado y “condenado por los delitos de blasfemia e inmoralidad al pago de una multa en dinero. La acusación por sedición fue abandonada” (p. 270), y más tarde los decanos aprobaron su expulsión de la universidad. Ese juicio “constituyó un mecanismo de defensa importante contra un ataque percibido como artero” (p. 271).

La tercera parte del texto constituye a la vez su epílogo. Se trata de una nueva versión de una publicación anterior de la autora y está dedicada al análisis de la ruptura de los consensos existentes y a la búsqueda de nuevas formas de certeza colectiva, todo lo cual se manifiesta en forma definitiva en la revolución de 1859, es decir, en la década siguiente a la que ha estado dedicado el corpus del libro, y en ese sentido el análisis resulta, por su limitación, un poco desequilibrado frente al extenso desarrollo que se ha hecho del mismo problema en la década anterior.

La primera parte del libro contiene lo medular de la tesis, en tanto que las polémicas que se analizan en la segunda constituyen su constatación empírica.

El conjunto de este trabajo, de lenta lectura, da cuenta en forma irrefutable de la riqueza del debate de la elite chilena al promediar el siglo XIX y de su cercanía intelectual con los avatares del pensamiento occidental.

RENE MILLAR C. *Misticismo e Inquisición en el Virreinato Peruano*. Ediciones Universidad Católica, Santiago, 2000, 252 págs.

La historia de la vida espiritual chilena es poco conocida y aunque últimamente algunos de nuestros historiadores se han visto estimulados por la canonización de Santa Teresa de Los Andes y la beatificación del Padre Hurtado, aún está por escribirse. Pues no pueden confundirse los estudios sobre religiosidad, especialmente sobre religiosidad popular que han cobrado perceptible desarrollo en los últimos veinte años, con este capítulo interior, a veces recóndito, que atisba los claroscuros del alma. Ello se ejemplifica con los trabajos realizados sobre la religiosidad barroca cuyo ritual sobreabundante parece haber encandilado a quienes estudiamos sus manifestaciones, impidiéndonos franquear el umbral de las formas de exteriorización colectiva para centrarnos en la intimidad de la relación personal con Dios.

Pero es preciso señalar que para el historiador resulta tremendamente difícil penetrar en lo que Santa Teresa llamaba “el castillo interior”; y también en las actitudes y procedimientos de aquellas instancias que la época establecía para su regulación y control. No solo debido a la escasez de documentos que estas peculiares materias suele deparar, y a las dificultades que entrañan su desciframiento e interpretación, sino más aún, al arduo problema valórico que implican los asuntos afincados en el trasfondo de la psique humana, donde a veces fracasan las metodologías más en boga y las respuestas que suscitan mayor unanimidad. ¿Qué puede hacer el historiador frente a tales problemas? ¿Puede erigirse en una suerte de juez de jueces, como ha ocurrido paradójicamente con la historiografía sobre la Inquisición? ¿O más bien tiene que apelar a establecerse en ese punto inencontrable, el punto medio, que permita visualizar conjuntamente el presente y el pasado abriendo paso a la comprensión?

Este es, a grandes rasgos, el tema que aborda René Millar en su libro *Misticismo e Inquisición en el Virreinato Peruano*. Sus conocidos estudios sobre las manifestaciones de lo religioso en la cultura popular de los siglos XVII y XVIII en estas regiones de Hispanoamérica y sobre las causas y procesos del Tribunal de la Inquisición, han sido paso previo a su acercamiento al núcleo de la vida espiritual, materia particularmente difícil y delicada que aborda esta obra.

A partir del proceso inquisitorial contra el jesuita chileno Francisco de Ulloa y sus principales discípulos, tras la muerte del religioso en 1709, y que culminó en el Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Lima el 23 de diciembre de 1736 –el más espectacular, señala el autor, después del de 1639, desplegado por el caso de los judaizantes, entre los que sorprendente-

mente había también uno procedente de este Reino, el cirujano penquista Francisco Maldonado de Silva-, René Millar somete, a su vez, a juicio, el fallo histórico de la Inquisición limeña y procura desentrañar la experiencia interior de aquellos hombres vilipendiados y aniquilados.

“Lo que enseñaba el padre Ulloa estaba muy lejos –señala en sus reflexiones finales–, era lo opuesto, a lo propugnado por la Compañía en ese momento. Aún más, la orden, como hemos visto, estaba empeñada en combatir el tipo de espiritualidad practicado por Ulloa. Este es uno de los escasos y aislados partidarios del misticismo que se dieron al interior de dicha religión, que no eran bien vistos por las autoridades y que, en su caso, por no tener la formación jesuítica, se comprometió más libremente con esta corriente...”.

Curioso y singular caso, pues, el del Padre Ulloa, que el libro de René Millar pone en valor a través de una sólida documentación y de un arte –y digo arte en el sentido de destreza que el vocablo tuvo originalmente entre los antiguos– en la recreación historiográfica del tejido de relaciones entre el personaje y su época, entre la o las historias individuales y su contexto social e institucional.

La lucha del historiador contra el hermetismo del pasado brinda en esta ocasión la recompensa de poder reabrir un proceso, revisar un fallo equivocado e intentar reconstituir en las personas condenadas su verdadera intencionalidad. A pesar de sus limitaciones, nuestra disciplina posee –aunque sea solo a través de las páginas frágiles de un libro– esa pequeña, pero diría también, esa incomprendible atribución sobre la irrevocabilidad de lo ocurrido. Porque lo ocurrido posee por lo general la enigmática peculiaridad de velarse a su propio presente. De ahí que la historia necesite de la tarea del historiador para mostrar a la posteridad, no solo un fragmento de lo sucedido, sino los atisbos del significado complejo, de ese mismo suceder.

La obra de René Millar abre pues una nueva línea de investigación a nuestra historiografía. Esta se despliega a partir de la comprensión del pensamiento denominado el alumbradismo chileno, una modalidad vivencial de la piedad católica, que el autor ha logrado caracterizar con una cierta diversidad que se muestra coherente con otras manifestaciones de la cultura de la época en Chile. Su arcaísmo, su inclinación por los místicos medievales como Juan Tauler y una cierta tendencia hacia la orientación quietista, propia de Miguel de Molinos, eran rasgos como explica el historiador, un tanto fuera de época y de contexto en el Chile de comienzos del XVIII, y en particular dentro de la espiritualidad de la Compañía de Jesús, lo que condujo finalmente a su condenación por parte del Tribunal de la Inquisición limeña.

La mística ha sido una de las grandes aspiraciones de los hombres de todos los tiempos, pues en el encuentro con lo sagrado el alma llega a su cúspide. Son diferentes las instancias que, a través de la historia, presenta el fenómeno del éxtasis o “locura divina”, como lo llama Platón. Además del misticismo católico están: el transporte profético y sus ígneas iluminaciones; la salida de sí catártica, que libera de culpas; la inspiración poética, don de las musas; y la conmoción amorosa, “erótica”, entendiendo este vocablo en sentido filosófico. Tras todas estas formas acecha, sin embargo, el vértigo, la contracara del éxtasis, el reflejo de Narciso y sus entrópicos poderes, fuerza gravitacional destructiva que arroja al hombre al vacío y finalmente procede a su disolución.

Por eso, la mística católica se presentaba durante los siglos XVI y XVII, como la senda estrecha, suspedida entre el cielo y el infierno. A los desfileros del espíritu eran, al parecer pocos los que llegaban, como quizá son pocos los que llegan históricamente a comprender esas moradas espirituales, como las llama Santa Teresa, que entonces remataban el habitar humano.

Para rehacer hoy, historiográficamente, la vida espiritual chilena, esos “camino de perfección”, en el lenguaje de la Santa de Avila, comprender sus itinerarios, sus recodos y también sus desviaciones, así como las reacciones que estas suscitaban, no se necesita solo tesón o métodos efectivos.

Hay algo inexplicable, misterioso casi, me atrevería a decir, que guía al historiador que emprende su lucha cotidiana para vencer al tiempo y asomarse dentro de las almas; podría ser vana su tarea si no fuese asistida por ese particular modo de “alumbramiento” –y le pido prestada a René Millar esa palabra porque creo que el historiador de algún modo llega a identificarse con los temas que estudia– alumbramiento que ninguna metodología por más avezada que sea podrá nunca proporcionar.

Alumbramiento al que no podría darle en este caso otro sentido que el de esa combustión interna cotidiana, en los archivos y frente a la página en blanco, que consume, pero también ilumina e impulsa a seguir.

ISABEL CRUZ DE AMENÁBAR